

Leg. 18-1413-p.1ª incompleto

BIBLIOTECA
DE
EL ARTE EN ESPAÑA.

DIRECTOR: D. G. CRUZADA VILLAAMIL.

—
QUINTO VOLÚMEN.
—

HTCA

U/Bc LEG 18-1 n°1413



1>0 0 0 0 6 0 9 0 3 0

UVA. BHSC. LEG 18-1 n°1413

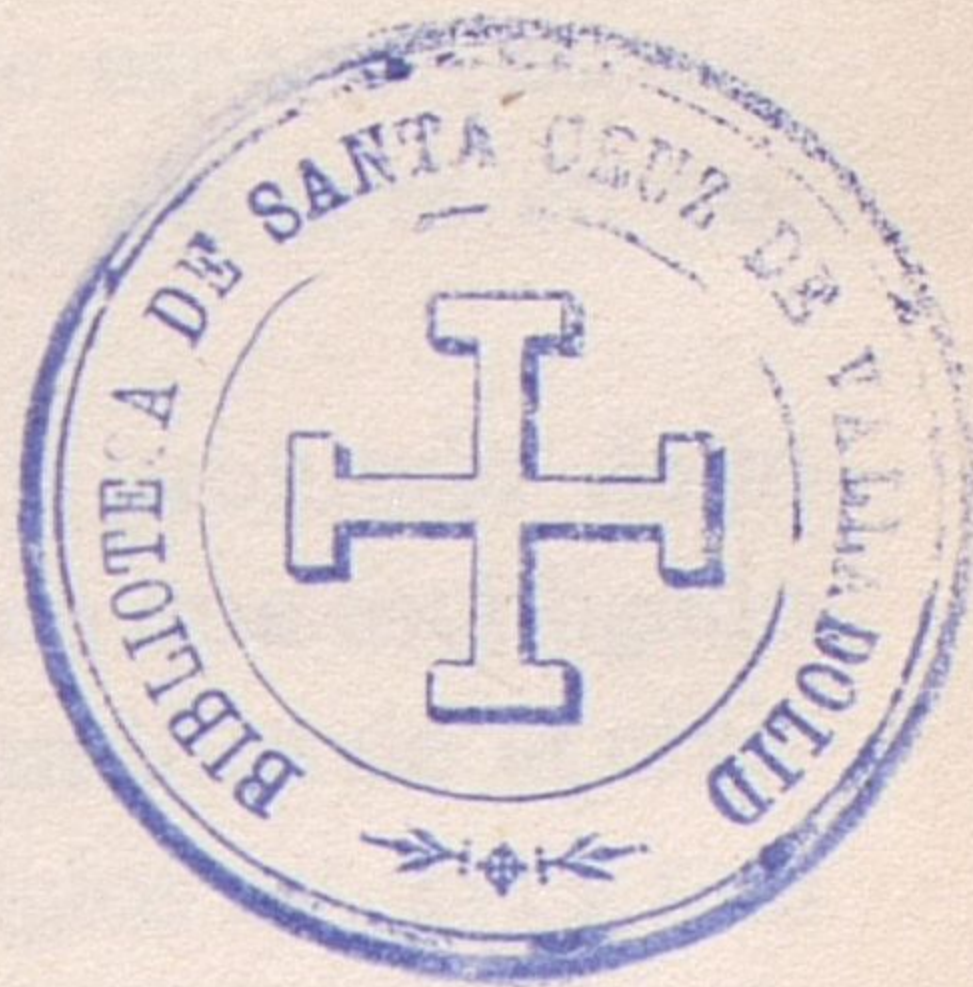
PACHECO

Y

SUS OBRAS,

POR

D. JOSÉ M.^a ASENSIO Y TOLEDO.



MADRID.

IMPRENTA DE MANUEL GALIANO,
plaza de los Ministerios, 2.

1868.

PACHECO

SUS OBRAS

D. JOSE M. ALFARO Y TOLEDO



DOS PALABRAS.

No se han estudiado todavía con la detención necesaria, y bajo un punto de vista histórico-filosófico, los orígenes de la antigua escuela sevillana de pintura y escultura. No se han investigado los elementos que entraron en su composición, las causas de su rápido engrandecimiento y de su inmediata decadencia; ni se ha fijado convenientemente su influencia en el arte español, su significación estética en la historia del arte en general.

Este estudio, más delicado y profundo de lo que á primera vista parece, como que está ligado con la apreciación general y científica de la civilización española, durante los siglos xv, xvi y xvii y con el influjo que nuestras letras y nuestras artes recibieran y comunicaran á las demás artes y letras de Europa, no se ha hecho todavía. Boscan, Garcilaso, Luis de Vargas y otros hombres

eminentes recibieron el impulso; Lope y Calderon, Velazquez y Murillo lo devolvieron, haciéndose admirar en todas las naciones, aturdidadas entonces con el estruendo de nuestras armas victoriosas.

Último resultado de tales apreciaciones, vendria á ponerse en claro, cómo esta escuela sevillana, que se ha conocido, se ha admirado, pero no se ha estudiado, fué en su principio esencialmente italiana; influida despues por los flamencos, y elevada por el génio de los artistas andaluces á igualar y competir con las más famosas.

Al exponer su desenvolvimiento histórico y estético, veriamos bien delineadas y colocadas en el lugar que á cada una corresponde, las figuras de Villegas Marmolejo, de Luis de Vargas y de Francisco Pacheco, y tambien á Torrijano, á Pedro Frutet, á Mateo Perez d'Alesio y al eminente Pedro Campaña, y veriamos la evolucion sucesiva del arte, hasta su apogeo en los pinceles de Velazquez y de Murillo, en las esculturas de Roldan y de Juan Martinez Montañez. Así acabaria de comprenderse toda la grandeza y la importancia de esta escuela, que hoy hacen alarde y moda de despreciarla muchos de los que entre nosotros se llaman artistas; al paso que la admiran, y la estudian, y hasta la imitan los extraños.

En el grupo principal de ese extenso cuadro, habrá de ocupar un lugar preferente *Francisco Pacheco*. Hombre de doctrina y de ejecucion,

enseñaba con sus lecciones y con su ejemplo. Sábio y respetado; unido en estrecha amistad con teólogos y literatos, siendo él también artista, literato y poeta; maestro de Alonso Cano y de Diego Velazquez, tuvo grandísima influencia en el arte, y escribió libros tan estimados hoy como sus lienzos.

No se elevan ahora nuestras miras á exponer la influencia de *Pacheco* en la escuela sevillana; tarea difícil y que exige fuerzas superiores. Nos hemos impuesto un penoso trabajo bio-bibliográfico; pero creemos que con este y otros semejantes, puede allanarse el camino para más profundos y científicos estudios.

FRANCISCO PACHECO

Y SUS OBRAS.

I.

INCONVENIENTES Y DIFICULTADES DE ESTE TRABAJO.

Todos cuantos han tratado de escribir la historia de alguno de los ilustres hijos de nuestra nacion española, han recordado y repetido involuntariamente los conceptos del docto P. Juan de Mariana, porque expresan con grande exactitud las dificultades que se tocan en toda investigacion biográfica.

España se ha cuidado más de producir hombres ilustres que de narrar sus hechos. Tantos son los hijos insignes de nuestro suelo, que no hay pluma que bastante sea para historiarlos; y si sus estátuas hubieran de colocarse en sitios públicos, no habria lugar donde no se tropezase con alguna.

Cierto es en verdad. En España más abundan las hazañas que los escritores, como decia el sábio jesuita. Ignóranse los hechos de muchos varones dignos de eterna memoria, con ser tantos, que al reunirlos, dejariamos muy atrás en este concepto á la historia de todas las naciones.

Y tan es así, que el autor de estos *Apuntes* ha teni-

do en más de una ocasión el pensamiento de recoger en un libro cien años de la historia de España, desde principios del siglo xvi á iguales años de xvii, período brillantísimo que comenzaría en el Cardenal Gimenez de Cisneros y en Hernan Cortés, y acabaría en Diego Velazquez, y que desde el Emperador Carlos V y el Gran Capitan, y con Leiva y Pescara, y Diego García de Paredes y el gran Duque de Alba encerraría miles de nombres ilustres y de asombrosas hazañas, abrazando en un magnífico cuadro á los conquistadores de un mundo nuevo, con el creador del ingenioso hidalgo D. Quijote, y con los poetas dramáticos que hoy son la admiración del orbe literario.

¡Grandiosa época aquella que produjo al lado de un Hernan Cortés un Garcilaso; junto á Gonzalo de Córdoba y D. Juan de Austria, un Fernando de Herrera, un Lope de Vega y un Cervantes; y con Calderon y Juan Martinez Montañez á Velazquez y á Murillo! No creo tenga nada que envidiar á los llamados siglos de Pericles, de Leon X y de Luis XIV.

Terminando ya esta digresion, nacida de la índole misma de nuestro trabajo, ocupémonos de la vida del sábio pintor Francisco Pacheco.

Todas las dificultades que se han encontrado para las biografías de nuestros grandes hombres, las hemos tropezado al investigar la de *Pacheco*. Por esta razon no las referimos. Recuerden los lectores cuanto acerca del estado de nuestros archivos, incuria de los antiguos, y otros inconvenientes hayan leído en obras nacionales y extranjeras, y ténganlas por dichas en este lugar.

No hemos podido encontrar hasta hoy la partida de bautismo de *Francisco Pacheco*.

Hemos sospechado, y con algunos fundamentos que más adelante van expuestos, que el ilustre pintor no era hijo de Sevilla, como se supone. Quizá por esta razón hayan sido inútiles nuestros afanes.

Tampoco se han encontrado las de su casamiento, ni de bautismo de su hija doña Juana; ni aun la del entierro del artista, que es más extraño todavía, habiendo fallecido después de mediados del siglo XVII, en el año 1654, al decir de sus biógrafos.

A falta de datos tan directos, nos lanzamos á buscar otros que se relacionasen también con los hechos de la vida del pintor-poeta y pudieran derramar alguna luz sobre ellos. Velazquez, el famoso, el jamás como se debe alabado autor de la *Rendicion de Breda* y del cuadro llamado de las *Meninas*, casó con doña Juana Pacheco. Después de muchos afanes y de inútiles pesquisas en casi todos los archivos eclesiásticos de Sevilla, encontramos en la parroquial de San Miguel la partida de casamiento y otras dos que más adelante insertamos. Este es el único hallazgo de que hasta ahora podemos envanecernos.

Sabiendo, por último, á ciencia fija, las fechas del fallecimiento de Diego Velazquez, y la del de su mujer, que murió siete días después, recurrimos á Madrid á la iglesia parroquial de Santiago y San Juan Bautista.

Velazquez, según afirman Palomino, Cean Bermudez y otros, dejó otorgado poder para testar á su mujer doña Juana Pacheco y á D. Gaspar de Fuensalida; y la doña Juana dió igual poder y nombró por sus albaceas á este mismo D. Gaspar y á Juan Bautista del Mazo, pintor, su yerno. En estos poderes, nos decíamos muy confiadamente, han de constar algunas circunstancias

de familia, fechas ignoradas y otros datos quizá de mayor importancia. ¡Vanas ilusiones! ¡Parece que la fatalidad se empeña en ocultar los sucesos de la vida de los hombres ilustres!

Véase el documento que obtuvimos, y la última decepcion que él nos trajo:

«Como Teniente Mayor de Cura de la Real
»Iglesia Parroquial de Santiago y San Juan
»Bautista de esta M. H. villa y Córte de Madrid:
»Certifico: Que en el libro Tercero de difuntos
»correspondiente á la parroquial antigua de San
»Juan Bautista, al fólío 153 vuelto, se halla la
»siguiente:

»*Partida*.— « En siete de Agosto de mil y seis cientos
»sesenta murió en esta parroquia de San Juan
»Bautista de Madrid D. Diego Velazquez, ca-
»ballero de la órden de Santiago y aposentador
»de S. M. Recibió los Santos Sacramentos, y
»dejó poder para testar á doña Juana Pacheco,
»su mujer, y á D. Gaspar de Fuensalida, y á
»cada uno *in solidum*, ante. Escri-
»bano de S. M. que asiste. Enterró-
»se en la bóveda de dicha Iglesia, y dieron de
»sepultura, paño y tumba 3.200.»

En el mismo libro, y al fólío 54, se halla la siguiente:

»*Partida*.—«En catorce de Agosto de mil y seiscientos
»sesenta murió en esta parroquia de San Juan
»Bautista de Madrid (habiendo recibido los San-
»tos Sacramentos) doña Juana Pacheco, mujer
»que fué de D. Diego de Silva Velazquez, caba-

»llero del hábito de Santiago y aposentador de
 »S. M., que vivia en casa del Tesoro: Otorgó
 »poder para testar ante. Escribano
 » nombrando por sus Albaceas y
 »testamentarios á D. Gaspar de Fuensalida,
 »Furriel de S. M., que vive en la calle de Alca-
 »lá, más abajo de la Concepcion de Calatrava,
 »y á su yerno Juan Bautista de Imazo, del Ma-
 »zo, que vive en la dicha casa del Tesoro. En-
 »terróse en la bóveda de dicha Iglesia; pagaron
 »de sepultura 200 rs., de paño y tumba nueve.
 »Concuerdan ambas con sus originales, á que
 »me remito. Santiago y San Juan Bautista de
 »Madrid, doce de Junio de 1866. — *Manuel*
 »*Uribe.*»

¿Puede darse mayor desgracia? Los claros que en las partidas se observan son dejados, á no dudar, para poner más tarde el nombre y domicilio del Escribano, que el cura ignoraba al extenderlas, y el hueco quedó sin llenar por un descuido lamentable.

Semejante falta nos imposibilita hoy de obtener las copias de esos poderes en el Archivo general, por ignorarse el oficio en que se registraron. Y al propio tiempo nos priva de las noticias que por ese medio esperábamos adquirir, y que probablemente nos hubieran conducido á hallar otras.

A falta, pues, de todo género de documentos, hemos recurrido á las obras del autor en busca de datos autobiográficos.

Las noticias que acerca de *Francisco Pacheco* y de su familia van á continuacion, se han reunido ponien-

do á contribucion el *Arte de la Pintura*, el *Libro de descripcion de verdaderos retratos*, objeto especial de estos *apuntes*; el tomo 71 de varios de la Biblioteca Colombina, que contiene opúsculos inéditos de Pacheco, las obras de varios autores contemporáneos suyos, y hasta las *firmas* de sus cuadros, aprovechando las fechas que en alguno que otro dejó estampadas.

No arrojan mucho de sí los medios indicados; pero tampoco hemos querido seguir en nada lo dicho por los anteriores biógrafos. El lector puede tener la seguridad de que en esta reducida biografía no hay un solo dato que no haya sido minuciosamente comprobado por el colector.

II.

PACHECO Y SU FAMILIA.

Debió venir al mundo este celebrado artista por los años de 1573 ó 1574, y no antes. El lugar de su nacimiento no es conocido hasta ahora, á lo menos con seguridad.

Ambos asertos necesitan alguna demostracion, cuando se ha venido repitiendo que *Pacheco* vió la primera luz en Sevilla en 1571.

En cuanto á su edad en épocas determinadas, tenemos un dato irrecusable; sus propias palabras.

En el *Libro de descripcion de verdaderos retratos*, dice en el elogio de Fr. Juan Bernal, que estaba *en lo mejor de sus estudios*, cuando este le eligió para pintar los cuadros del cláustro de la Merced. Estos cua-

dros se pintaron en el año de 1600, según la fecha de uno de ellos, y lo que él mismo asegura en el *Arte de la Pintura*. Muy joven debía ser en aquella época.

En esta obra, publicada en Sevilla en 1649, dice, (libro III, cap. XI): *Servirán mis avisos de saludables consejos en 70 años de edad*. Por mucho que quiera estirarse la frase, esos eran los años que contaba Pacheco cuando la escribió, porque no dice ni *más de 70 años*, ni *cerca de 70 años*, sino llanamente *en 70 años de edad*. La licencia del Ordinario para la impresión del *Arte de la Pintura* lleva la fecha de 24 de Diciembre de 1641; y de aquí han deducido la edad del autor sus biógrafos; pero no es creíble que Pacheco dejase sin revisar y corregir ese capítulo y otros cuando llevó á cabo la impresión ocho años después de la licencia.

Otro dato existe también en el mencionado *Libro de retratos*. Cuenta Pacheco que en 14 de Abril de 1587 murió el P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesús. «Acudió á su entierro (donde me hallé) innumerable gente.....» dice el pintor; y luego añade..... «á cuyo retrato..... hize entonces estos versos juveniles, atendiendo más á la devoción que á la elegancia.»

Nacido en 1573 ó 1574, según mi opinión, contaba sólo catorce años en el de 1587.

En cuanto al lugar de su nacimiento no haré más que algunas observaciones. Son pruebas negativas, pero á mi ver, de mucha fuerza.

Por Francisco Pacheco, vecino de Sevilla, dice en la portada el *Arte de la Pintura*, publicado, según hemos dicho, en 1649. En la comisión que el Tribunal de la Inquisición le despachó para que cuidase del decoro de las pinturas sagradas, su fecha 7 de Marzo

de 1618, se le dice: «vecino desta ciudad, pintor excelente i Ermano de Juan Perez Pacheco, Familiar »deste Santo Oficio.»

Segun testimonios no contradichos hasta hoy, el canónigo Francisco Pacheco, tio carnal del pintor, era natural de Jerez de la Frontera. Hacemos esta indicacion, porque nos parece que tal circunstancia, unida á la de hablarse con repeticion de su vecindad, y nunca de su naturaleza, concurre á demostrar que no vino al mundo en la ciudad de Sevilla.

Podemos añadir otra prueba, aunque tambien negativa. En el *Libro de descripciones de verdaderos retratos* se contienen cuarenta y cuatro elogios, y entre estos, veintisiete se refieren á hijos insignes de la ciudad de Sevilla. Todos comienzan diciendo en sustancia, que aquel hombre ilustre nació para honra de la ciudad donde vió la luz primera, y en ninguno dice el autor que él tambien vino al mundo en ella. En un hombre como *Pacheco* es muy significativo este silencio.

A favor de su nacimiento en Sevilla nada hay tan directo como un *soneto* de D. Francisco de Medrano, y una *silva* que es original de D. Francisco de Quevedo.

El *soneto*, en alabanza del retrato del Dr. Luciano de Negron, Arcediano de Sevilla, pintado por *Pacheco*, empieza así:

«Este breve retrato los mayores
 Dos varones, que al mundo dió Sevilla,
 Nos ofrece á los ojos; maravilla
 Ambos, i emulacion á los mejores.»

La *silva* es la diez y nueve, musa octava en alabanza de la pintura de algunos pintores españoles, y dice así:

«Por tí, honor de Sevilla,
 El docto, el erudito, el virtuoso
 Pacheco, con el lápiz ingenioso
 Guarda aquellos borrones
 Que honraron las naciones,
 Sin que la semejanza
 A los colores deba su alabanza,
 Que del carbon y plomo parecida
 Reciben semejanza y alma y vida.»

Juzguen los lectores cuáles datos merecen mayor consideracion.

Francisco Pacheco, niño aún, se avecindó en Sevilla, no sabemos si con sus padres, ó bajo la proteccion de su tio el docto canónigo; y sin duda por indicaciones de este, en vista de la natural inclinacion que manifestara, se le dedicó al noble arte de la pintura, bajo la direccion del pintor de sargas Luis Fernandez, que tambien fué maestro de Francisco Herrera, el Viejo.

Jóven todavía, y probablemente en casa de su mismo maestro, desde el año 1594 para adelante, pintó cinco estandartes Reales, los cuatro para las flotas de Nueva España de á treinta varas, y el postrero para Tierra Firme de cincuenta, todos de damasco carmesí. Es curiosa la descripcion, y digna de ser conocida.

Pintábase cerca del asta un bizarro escudo de las armas Reales, con toda la grandeza y majestad posible, enriquecido á oro y plata, y de muy finos colores, todo á óleo. En el espacio restante hácia el medio círculo en que remataba la seda, le pintaba el apóstol Santiago, Patron de España, como el natural, ó mayor, armado á lo antiguo, la espada en la mano derecha levantada, y en la izquierda una cruz, sobre un caballo blanco corriendo; y en el suelo cabezas y brazos de moros.

Demás de esto se hacia una azenefa, por guarnicion en todo el estandarte, de más de cuarta de ancho en proporcion, con un romano de oro y plata perfilado con negro y sombreado donde convenia; la espada y morrion de plata; la empuñadura, riendas, tahalí, estribos y otras guarniciones y diadema del Santo de oro; y lo demás pintado á óleo, con mucho arte y buen colorido... Ápreciabase la pintura en más de doscientos ducados, segun la calidad y corte que tenia (1).

En 1598, tuvo encargo de pintar una parte del suntuoso túmulo levantado en el crucero de la catedral para las honras del Rey D. Felipe II.

En 1599, pintó y firmó poniendo la fecha, dos santos de cuerpo entero, S. Antonio y S. Francisco, para dos altares laterales en la Iglesia de un convento de religiosos de Lora del Rio. Uno de ellos, el S. Antonio, firmado FRAN. PACIECUS. 1599, ha venido desde el año 1861 á enriquecer la coleccion del que escribe estos *apuntes*.

En este mismo año fué elegido por el Santo varon Frai Juan Bernal, para pintar los cuadros del claustro del convento de la Merced, en union con Alonso Vazquez. Él mismo lo expresa así en el *Libro de retratos*, y en el *Arte de la pintura*, pág. 384.

En 1603, pintó en el palacio de D. Fadrique Enriquez de Ribera, tercer duque de Alcalá, para un camarín varios pasajes de la fábula de Ícaro, al temple sobre lienzo; y para el oratorio otras obras de historia sagrada.

(1) *Arte de la Pintura*.—1648.—Pág. 400.

En nuestra edicion, tomo II, pág. 91.

No es nuestro ánimo hacer aquí catálogo de sus pinturas, tarea que reservamos para otro lugar, y únicamente hemos tratado de consignar sus primeros pasos en el arte, entresacando lo que dice en sus obras. Desde entonces, siguió pintando para todas las iglesias y casas particulares, relacionándose con todos los hombres ilustres que á Sevilla llegaban, y más aún con los que en Sevilla vivían.

No sabemos el año en que contrajo matrimonio; pero hoy podemos asegurar que su esposa se llamaba doña María del Páramo, constando también que hizo el retrato de esta en una tabla redonda, que él mismo calificaba por el mejor de todos. De su consorcio, no se sabe tuviera otra sucesión que una hija llamada Juana, que casó en 1618 con el famoso Velazquez, según lo comprueba la siguiente partida, desconocida hasta hoy.

Desposorio y Velacion. — « En Lunes, veintitres
 » días del mes de Abril del año de
 » mil y seiscientos y diez y ocho
 » años, yo el Br. Andrés Miguel,
 » cura de la Iglesia de el Sr. San
 » Miguel de esta ciudad de Sevilla,
Diego Velazquez. » habiendo precedido las tres amo-
D.ª Juana de » nestaciones conforme á dro. en
Miranda. » virtud de un mandamiento de el
 » Sr. D. Antonio de Covarrubias,
 » Juez de la Sta. Iglesia de esta di-
 » cha ciudad, firmado de su nombre
 » y de Francisco Lopez, Notario, su
 » fecha en 5 dias del mes de Abril de
 » dicho año, desposé por palabras

»de presente que hicieron verdade-
 »ro matrimonio, á Diego Velazquez,
 »hijo de Joan Rodriguez y de Doña
 »Gerónima Velazquez, natural de
 »esta ciudad, juntamente con Doña
 »Joana de Miranda, hija de Fran-
 »cisco Pacheco y de Doña María
 »del Páramo; fuéron testigos el
 »Dr. Acosta, Pro. y el *Licenciado*
 »*Rioja*, y el Padre Pavon, Pres-
 »bíteros, y otras muchas personas.
 »Y luego en el mesmo dia, mes y
 »año, velé y dí las bendiciones nup-
 »ciales á los sobredichos: fuéron
 »padrinos Joan Perez Pacheco y
 »Doña María de los Angeles, su
 »mujer, vecinos de la Iglesia Ma-
 »yor, y fuéron testigos los sobredi-
 »chos y otras muchas personas, y
 »por verdad lo firmé de mi nombre,
 »que es *fha. ut supra.* (1) —*El*
 »*Br. Andrés Miguel.*»

Corridos los primeros años del siglo xvii, habia lle-
 gado á su mayor altura la fama de *Francisco Pache-*
co. La nombradía de sus cuadros, no eclipsaba la de su
 doctrina; el pintor no hacia olvidar al literato, ni este
 al poeta. El talento, el buen juicio, la erudicion de

(1) Se encuentra al fól. 18 del libro 4.º de casamientos de
 la Iglesia de S. Miguel, que comprende los años desde 1614
 á 1632.

Pacheco, corrian parejas con su habilidad; y así contribuía con un gran *elogio* en verso, ensalzando á Juan de la Cueva, para que se insertara al frente del poema *Conquista de la Bética*; como defendía el patronato de Sta. Teresa, contra D. Francisco de Quevedo, y las prerogativas de los pintores contra el célebre escultor Juan Martínez Montañez; y tomaba los pinceles para ejecutar la magnífica efigie de S. Miguel que aún se conserva en la Iglesia del colegio de S. Alberto, y es una de sus más valientes creaciones.

En el estudio de *Francisco Pacheco* recibieron educación artística Alonso Cano y Diego de Silva Velazquez. Habiéndose casado este último con Doña Juana Pacheco, justo es que digamos algo de su persona y familia.

Nació Velazquez en la ciudad de Sevilla, y fué bautizado en la Parroquia de S. Pedro, el día 6 de Junio de 1599. Darémos la partida sacramental, que es poco conocida.

«El Domingo, seis dias del mes de Junio de mil y quinientos y noventa y nueve años, baptizé yo el Licenciado Gregorio de Salazar, cura de la Iglesia de S. Pedro de la ciudad de Sevilla, á Diego, hijo de Juan Rodriguez de Silva y de Doña Gerónima Velazquez su mujer. Fué su padrino Pablo de Ojeda, vecino de la collacion de la Magdalena; advirtiósele la cognacion espiritual, *feh. ut supra.*—*El Licdo. Gregorio de Salazar.*»

Muy luego dedicaron sus padres á D. Diego á que

aprendiese á dibujar, y parece le pusieron bajo la direccion de Francisco Herrera, el Viejo, que gozaba ya gran reputacion; pero disgustado el discípulo de la áspera condicion y duro trato del maestro, pasó, desde el año 1613, cuando aún no contaba catorce de edad, al estudio de *Francisco Pacheco*, el cual prendado de su virtud y felices disposiciones, le casó con su hija, despues de cinco años de enseñanza.

Verificóse la union, segun hemos dicho, el Lunes 23 de Abril de 1618, figurando entre los testigos de ella el célebre *Francisco de Rioja*, y es de creer, que por entonces, Velazquez y su esposa continuaron viviendo reunidos con *Pacheco*, en la casa de este.

A poco más del año, en 13 de Mayo de 1619, recibió las aguas del bautismo una niña, fruto de aquella union, á la que se dió el nombre de Francisca.

En 29 de Enero de 1621, se hicieron exorcismos y se puso el sagrado crisma á una segunda hija de Diego Velazquez y de Doña Juana Pacheco, que recibió el nombre de Ignacia. El parto debió ser laborioso; la hija corrió peligro de muerte, y quizá tambien la madre, por lo cual aquella fué bautizada en el acto y bajo condicion.

Véanse las partidas que existen á los fól. 170 vuelto y 182 en el libro 5.º de bautismos de la Iglesia de San Miguel de la ciudad de Sevilla.»

«En Domingo deziocho de Mayo dia de
 »Pásqua de Espiritu Santo: yo el M.º San-
 »cho de la Torre, cura de esta Iglesia de
 »Sr. S. Miguel, bautizé á Francisca, hija de
 »Diego Velazquez y de Doña Joana de Mi-
Francisca. »randa, su legítima mujer: fué su padrino

»Estéban Delgado, vecino de la collacion
 »de S. Lorenzo, al que amonesté lo dispues-
 »to por el sacro Concilio, de que doy fe, *feh.*
ut supra.—*M.º Sancho de la Torre.*»

«En Sevilla, viernes á 29 de Enero de
 »mil y seiscientos y ventiun años, yo el doc-
 »tor Alonso Baena Rendon, beneficiado y
 »cura proprio de esta Iglesia de Sr. S. Mi-
 »guel, hice los exorcismos y puse la crisma
Ignacia. »á Ignacia, que estaba bautizada en su casa,
 »hija de Diego Velazquez y de Doña Juana
 »Pacheco, su legítima mujer; fué su padrino
 »Juan Velazquez de Silva, vecino de la colla-
 »cion de S. Vicente, y le fué avisado el im-
 »pedimento conforme á dro. y lo firmé *feh.*
ut supra.—*Dr. Alonso Baena Rendon.*»

Ansioso de gloria, y deseando estudiar las obras de otros maestros, salió Velazquez de Sevilla y llegó á la Córte en el mes de Abril de 1622, con expresivas recomendaciones de su suegro y maestro; pero no logrando por entonces sus intentos, volvió á Sevilla para regresar á Madrid en el verano del año siguiente. *Francisco Pacheco* acompañó á *Velazquez* en este segundo viaje para cuidar de sus adelantos.

A 30 de Octubre de 1623, se le despachó título de pintor de cámara, mandándole llevar su casa á Madrid, con 20 ducados de salario al mes, casa, médico y botica, y pagadas las obras que ejecutase. Desde entonces no volvió Diego Velazquez á Sevilla, ó á lo menos no consta estuviese en ella.

Pacheco regresó á su casa solo, dejando instalado en Madrid á su yerno. Y puede asegurarse que si con sus consejos y lecciones, y con su severidad en el dibujo, allanó á Velazquez el camino para que ocupara tan señalado y preeminente lugar en el arte, con sus relaciones é influencia contribuyó tambien al rápido engrandecimiento que aquel obtuvo.

De la brillante página de la carrera de artista de Velazquez solamente hace á nuestro propósito dejar consignado, que en el Real Museo de Madrid se conserva, entre muchos, un retrato de su mano superiormente ejecutado. Representa á una mujer muy bella, y se asegura por constante tradicion que es el de la esposa del artista, Doña Juana Pacheco.

La doctrina, el juicio de *Francisco Pacheco*, y la sólida piedad que á tales dotes unia, fuéron parte á que el celoso Tribunal de la Inquisicion, queriendo ejercer alguna vigilancia sobre los abusos que artistas adocenados se permitian al pintar las imágenes de los santos, le diese comision en 7 de Marzo de 1618, para que mirase y visitase los cuadros de asuntos sagrados que se exponian en lugares públicos.

Pacheco transcribe en el *Arte de la pintura*, parte de esa cédula de comision, y creemos un dato curioso el consignarla.

«Por tanto, por la satisfaccion que tenemos de la
 »persona de *Francisco Pacheco*, vecino desta ciudad,
 »pintor excelente i Ermano de Juan Perez Pacheco,
 »familiar deste Santo Oficio: i teniendo atencion á su
 »cordura i prudencia, le cometemos i encargamos que
 »de aquí adelante tenga particular cuidado de mirar i
 «visitar las pinturas de cosas sagradas que estuvieren en

»tiendas i lugares públicos.» Y en suma, advierte que hallando qué reparar en ellas, las lleve ante los Señores Inquisidores, para que vistas se provea lo que conenga. Y añade: «Y para ello le damos comision cual se requiere de derecho.»

Pocas veces anduvo el Santo Tribunal tan acertado como en el caso presente; los apasionados al noble arte de la pintura desearian que aún hubiese hoy otra comision semejante, más necesaria, tal vez, que en el tiempo de *Pacheco*, para que se guarde el decoro que á la Religion es debido.

Récia contienda se movia entonces, y se sostenian empeñados debates acerca de la Inmaculada Concepcion de Nuestra Señora. Los que seguian la doctrina de Sto. Tomás, impugnaban esa opinion, entonces cuestionable, hoy artículo de fe; al lado contrario militaban con las demás órdenes religiosas, el pueblo con sus poetas, y los hombres piadosos dados antes al sentimiento que á la discusion.

Si Miguel Cid, poeta sin letras humanas, *que al coro de las musas pone espanto*, segun la expresion entre agradable y zumbona de Miguel de Cervantes, se hacia popular con sus sentidas y fáciles redondillas; la pluma de *Francisco Pacheco* tampoco podia permanecer muda, y en terreno más elevado que el de Miguel Cid terciaba tambien de pintor en tan acalorada contienda.

Su *conversacion entre un Tomista y un Congregado, acerca del misterio de la Purísima Concepcion*, impresa en Sevilla, por Francisco Lira, en 1620, se ha hecho tan rara, que no hemos logrado ver de ella más que un ejemplar. Lleva dedicatoria á la venerable hermandad de la Santa Cruz en Jerusalem, en S. Anto-

nio Abad, feh. 1.º de Enero de 1620: y aprobacion del P. Pascual Ruiz, de la Compañía de Jesus, del 17 de Marzo. En la dedicatoria consta que el artista era hermano de aquella cofradía.

Obligado se vió nuestro *Pacheco* en el año 1622, á salir á la liza en combate bien diferente.

Tratábase de un litigio con el famoso escultor Juan Martinez Montañez, que habiendo cobrado una crecida suma por ciertas esculturas, dió escasa remuneracion al pintor que se las estucó y pintó. Parece que sobre esto hubo acaloradas cuestiones, y *Pacheco* escribió un erudito papel encareciendo y demostrando la superioridad de la pintura sobre la escultura. Dedicó-le á los profesores de su arte, y aunque se publicó en 1622 se ha hecho sumamente raro. De uno de estos ejemplares corregido y firmado por el autor, se ha sacado la firma que acompaña.

Otra cuestion, tambien de cierta gravedad, aunque de índole muy diferente, movió á *Pacheco* á tomar la pluma, nada menos que contra el docto D. Francisco de Quevedo y Villegas.

Desde tiempos muy antiguos, remontándose hasta la primera predicacion de la divina palabra en España, y despues á la sobrenatural aparicion en Compostela (ó Campus apostoli) era tenido Santiago por especial patrono y defensor de las Españas. Nuestros piadosos abuelos debieron á su ayuda y proteccion señaladas victorias, y la inolvidable de Clavijo. El nombre del Sto. Apóstol era el grito de guerra de nuestros ejércitos.

Canonizada la reformadora de la órden del Cármen, Doña Teresa de Cepeda y Ahumada, y puesta en los

altares con la advocacion dulcísima de Teresa de Jesus, se la dió el compatronato; motivo entonces y mucho tiempo despues de graves altercados.

Quevedo, valiente y arrogante, lleno del espíritu de los antiguos españoles, escribió primeramente un docto *memorial*, y ofreció luego *su espada por Santiago Pacheco*, piadoso y entusiasta le contestó moderada y ligeramente en un papel, que no se ha impreso nunca, y ahora disfrutarán los curiosos por vez primera.

Pero la obra que habia de poner el sello á su reputacion, fué el *Arte de la pintura, su antigüedad y grandezas*, que se publicó en Sevilla, por Simon Fajardo, año de 1649; que entonces obtuvo grandísimo éxito y todavía conserva suma importancia entre literatos y artistas.

Por una de aquellas rarezas, que ahora no podemos explicarnos, este libro tan erudito, cuyo manuscrito estaba terminado desde el año 1638, segun noticia de D. Juan A. Cean Bermudez, no salió á luz hasta 1649, y aún entonces se publicó sin el prólogo que el autor tenia compuesto, y que no fué conocido hasta el año de 1800, que lo insertó el dicho Cean Bermudez en su *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de bellas artes*.

Otra noticia peregrina podemos dar tambien á los curiosos acerca de este libro. Ya en el papel contra Juan Martinez Montañez, impreso como hemos dicho en 1622, habia hecho *Pacheco* una referencia terminante á su *Arte de la pintura* diciendo: «hállome obligado por lo que debo á esta noble facultad (aunque el menor de sus hijos) á dar alguna luz de la diferencia que se

halla entre ella y la escultura, lo cual yo excusara si hubiera publicado mi libro...&.»

Posteriormente, y sin que podamos fijar el año, aunque suponemos fuese despues del de 1633, quiso *Pacheco* consultar la opinion de los doctos acerca del mérito de su trabajo, y para ello hizo imprimir en cuatro hojas en 4.º español, pero sin lugar ni año, el capítulo 12 último del *libro* segundo del *Arte*, que trata: «Por qué aciertan sin cuidado muchos pintores, i poniéndolo no consiguen su intento. »

Y termina con la *silva* de Francisco de Rioja, que comienza:

«Mancho el pincel con el color en vano
»para imitar, o Febo, tu figura...»

A su cabeza y antes del epígrafe del capítulo, se imprimió una nota del tenor siguiente:

«Francisco Pacheco. Al lector.

Determiné comunicar á algunos curiosos de la arte de la pintura, este capítulo de mi libro, antes de sacarlo á luz; porque el intento que trata no depende de otro y por calificar por esta pequeña muestra todo lo restante que escribo de esta profesion.»

Este curiosísimo capítulo se ha encontrado hace muy poco tiempo por la Sra. Doña Cecilia Bolh de Fáber, encuadernado con otros folletos, en un volúmen, que, segun parece perteneció al Sr. D. Juan Nicolás Bolh de Fáber, benemérito de las letras españolas, que ilustró con la *Floresta de rimas antiguas castellanas*, y con el *Teatro anterior á Lope de Vega*.

III.

CUESTIONES GRAVES.

Dos importantes cuestiones debemos examinar antes de pasar adelante.

Es la primera relativa á los viajes de *Francisco Pacheco*, al complemento de su educacion artística.

Opinan muchos que *Pacheco* viajó por Italia; que allí vió y estudió las obras de los grandes maestros del siglo xvi: y esto lo confirman con el estilo y sabor que notan en sus cuadros, y con las palabras estampadas á la pág. 265 del *Arte de la pintura*.

«Pero yo (aunque no es de mi intento) dice el pintor, hurtaré estos versos de una epístola que envié á Don Juan de Xaúregui estando en Roma, i pasen por variedad i por pintura.

«Cuán frágil eres hermosura umana!

»tu gloria, en esplendor, es cuanto dura

»breve sueño, vil humo, sombra vana.»

«Eres umana i frágil hermosura,

»á la mezclada rosa semejante,

»que alegre se levanta en la luz pura.»

«Pero, buelta la vista, en un instante

»cuanto cambia el azul el puro cielo,

»las hojas trueca en pálido semblante.»

«Yaze sin onra en el umilde suelo,

»¿quién no ve en esta flor el desengaño?

»que abre, cae, seca el sol, el viento, el hielo.»

Supónese al leer esto que *Pacheco* estaba en Roma

cuando envió la epístola á D. Juan de Jaúregui; y yo creo que el párrafo transcrito, aunque de sentido un tanto anfibológico, dice precisamente lo contrario: *Pacheco*, estando en Sevilla, envió esa epístola á su amigo que se hallaba en Roma.

No hemos visto hasta ahora, ni creemos que la haya, prueba justificativa de que *Francisco Pacheco* saliese de España á perfeccionar su educacion.

Dos viajes hizo á Madrid, y de ambos dejó abundantes noticias en su libro citado del *Arte de la pintura*.

Fué el primero de ellos en el año de 1611; y son dignas de saberse las circunstancias de este viaje artístico, porque señala una profunda variacion en el estilo de *Pacheco*, un gran adelanto en su carrera.

Por de contado que el pintor-poeta estrechó desde luego sus relaciones con todos los hombres de letras que en la córte vivian, algunos de los cuales habia conocido y tratado ya en Sevilla, contándose entre estos al gran Lope de Vega.

Una prueba de este trato íntimo con los literatos y poetas lo encontramos en el curioso libro titulado: «*Cristales de Helicon. Rimas de D. García de Salcedo Coronel.*» Al fól. 17 vuelto, encontramos la siguiente curiosísima mencion de nuestro artista:

REFIERE EN ESTILO DRAMÁTICO UNA CENA QUE DIÓ DON PEDRO DE BAEZA, CABALLERO DEL HÁBITO DE CALATRAVA, Y REJIDOR DE LA CIUDAD DE CÁDIZ, AL AUTOR, Y OTROS AMIGOS, EN CASA DE D. BARTOLOMÉ VILLAVICENCIO, CABALLERO DEL HÁBITO DE ALCÁNTARA.

«Señores, á vagar, no estén en tropa,
»Que para todos hay, si yo reparto;
»Retiren el brasero: pon Lagarto,
»Este bufete bien, mira en qué topa.

«Coman de dos en dos. Buena es la sopa.
 »Al Alcalde y Ulloa.—Échenos harto.—
 »¿Dónde está Coronel?—Yo no me aparto
 »De Angulo, que no corre, aunque galopa.—
 »¿D. Pedro de Baéza?—No me siento
 »Que en pié como mejor.—¿Dónde se ha ido
 »Pacheco?—Allí le veo agazapado.»
 «¿No tiene D. Cristóbal un sustento:
 »Cómo no beben?—Porque ya han bebido
 »Tanto, que les parece que han cenado.»

No fué este el único exparcimiento con que se obsequió á los andaluces. El soneto siguiente *refiere otra cena que dió el autor á los mismos*; y el que va despues es, *á otra cena que dió á los mismos D. Diego de Velasco, caballero de la Orden de Santiago*.

Esto prueba las buenas amistades de *Francisco Pacheco* con los hombres de letras.

Conoció en Madrid y trató á Vicente Carducho, pintor excelente y erudito. El mismo Carducho dejó un recuerdo de su amistad en la obra que intituló *Diálogos de la pintura*, impresa en Madrid por Francisco Martinez, en 1633. Al fól. 65 vuelto (diál. 5.º) (1) dice así:

Disc. «Con un amigo que lo era de Bartolomé Carducho, tanto, que siempre que me ve, refiere
 »la poca suerte que tuvo; y díxome de unos versos que hizo á su retrato Francisco Pacheco,
 »sugeto muy conocido por ingenioso y erudito
 »pintor, á quien los profesores destas artes deb
 »ben mostrarse agradecidos, pues ha procurado

(1) De nuestra edicion, pág. 153.

»con retratos y elogios eternizar sus nombres,
»que siempre la poesía y la pintura se prestaron
»los conceptos.»

Pasó también *Pacheco* á Toledo, donde se encontraba Dominico Theotocópuli, llamado entonces y después *el Greco*, con deseo, sin duda, de conocer su singular estilo, y luego se dirigió al Escorial para estudiar las riquezas artísticas allí reunidas.

De todos estos pasos hay referencias en el *Arte de la pintura*.

A su vuelta á Sevilla modificó *Pacheco* su estilo. Conservando siempre igual severidad y conciencia en el dibujo; estudiando continuamente el natural, hasta para los menores accidentes, dió mayor importancia que antes al colorido, se permitió otra variedad y riquezas en las tintas, y aprovechó en cuanto pudo las lecciones de los maestros cuyas obras habia estudiado.

A este tiempo se refieren sus mejores lienzos. Entonces pintó el *San Miguel*, que existe en la iglesia de San Alberto, la hermosísima *Concepcion* y otros cuadros para la parroquial de San Lorenzo, y emprendió la composición del *Juicio final*, obra magnífica muy celebrada en su tiempo, y que hoy sostiene todavía á grande altura en Paris, donde se encuentra, el nombre del artista que la ejecutó.

También dejó consignados en su libro algunos pormenores y recuerdos del segundo viaje que hizo á Madrid en 1623 acompañando á Diego Velazquez, su yerno.

Si *Pacheco* hubiera estado en Italia, si hubiera podido admirar en sus originales las creaciones de Mi-

guel Angel y de Rafael, ciertamente no hubiera dejado de decirlo una y mil veces en su *Arte*, estimulando á todos los pintores á que siguieran su ejemplo.

Con este silencio bastaba para comprender que *Pacheco* nunca estuvo fuera de España; pero hay prueba más directa.

A la pág. 243, del *Arte de la pintura*, dice, combatiendo una opinion del Greco:

«Así que en el dibujo del desnudo ciertamente yo
»seguiria á Micael Angel, como á más principal, i
»en lo restante del historiado, gracia i composicion
»de las figuras, bizarría de trajes, decoro i propiedad
»á Rafael de Urbino. A quien (por oculta fuerza de
»naturaleza) desde mis tiernos años he procurado
»siempre imitar, movido de las bellísimas invenciones
»suyas. Y de un papel original de la escuela de su ma-
»no de aguada (que vino á mis manos i he conservado
»conmigo muchos años á) dibujado con maravillosa
»destreza i hermosura.»

Da lugar á la cuestion segunda, más grave y difícil que la primera, cierto preciosísimo cuadro que se guarda en la galería que formó el Sr. D. Manuel Lopez Cepero, dean de la Santa Iglesia de Sevilla, y hoy conservan sus sobrinos, herederos de su apellido y fortuna así como de su exquisito gusto artístico.

En una tabla de setenta y dos centímetros de alto, por cincuenta y cuatro de ancho, representa la *calle de la Amargura*, tiene esta fecha y firma: *Francisco Pacheco fecit, año 1589.*

Para calificacion de su mérito y estilo únicamente dirémos, que el Sr. Cepero tuvo cubierta con una tarjeta durante mucho tiempo la firma del precioso cua-

dro, y así lo mostraba á los muchos extranjeros inteligentes que visitaban su coleccion. Hubo quien lo estimó por la más perfecta obra de Luis de Vargas; quien lo juzgó pintura de Julio Romano; algunos hasta llegaron á creerlo del mismo Rafael. Tal es la correccion de su dibujo, lo perfecto de su ejecucion.

Pacheco en 1589, tenia quince años ó poco más. Conocemos obras suyas firmadas y fechadas en 1599, en 1600, en 1611 y 1630, cuando la edad y los estudios habian perfeccionado su ingenio, cuando su mano estaba más segura y ejercitada. Ninguno de sus lienzos llega, ni aún de léjos, á competir con esa *calle de la Amargura* fechada en 1589; ninguno se asemeja á su estilo.

¿Es esto posible? Y si no lo es, ¿quién fué el autor de ese cuadro? ¿Por qué lleva el nombre de *Francisco Pacheco*?

Es muy digna de notarse una circunstancia que hemos descubierto examinando de nuevo y prolijamente la preciosa tabla. Esta, por el respaldo se encuentra pintada de un color oscuro y con letras más claras, y cuya forma parece ser del siglo xvii, tiene escritos dos renglones que dicen así:

Esta pintura es enteramente igual á otra de Luis de Vargas que se vé en las gradas de la Catedral.

Y con efecto, sobre la capilla de Ntra. Sra. de la Antigua que está en las Gradadas por la parte del Norte de la iglesia, hay un retablo en cuyas puertas se encuentran pintadas las principales figuras de aquel cuadro, en tamaño natural y por mano del citado Luis de Vargas.

Mil conjeturas se han formado para explicar aquella

extraña firma, y todas ha sido preciso desecharlas, unas en pós de otras.

Apuntarémos una solamente, que resiste algo más el análisis; pero sin pretender, ni aún remotamente, darla viso alguno de certeza.

Hombre muy docto, de educacion esmeradísima, de talento nada comun y de exquisito gusto, era el canónigo Francisco Pacheco, tio carnal del pintor, que se formó á su lado, segun dejamos dicho. ¿Pintaba tal vez el canónigo desde su juventud, aunque solamente lo hiciera por aficion y recreo? ¿Recibiria lecciones y consejos del eminente Luis de Vargas cuando este regresó á Sevilla, despues de haber estudiado profundamente en Italia con Perin del Vaga, y en las obras del mismo Rafael? ¿Emprenderia entonces esa *calle de la Amargura* bajo la direccion de Vargas? ¿Concluiria este y perfeccionaria el cuadro?

De este modo se explicaria la firma que dice *Francisco Pacheco*, en castellano, cosa que no se sabe hiciera jamás nuestro autor; y se explicaria tambien esa fecha, que convendria mejor á la edad avanzada del canónigo, que á la juvenil de su sobrino.

No aspiramos á decidir la cuestion. La hemos planteado, y hacemos votos porque otros más felices, ó con mejores datos, nos den la palabra que sirva para descifrar ese, que para nosotros es un enigma.

IV.

NOTICIAS DE LA EXISTENCIA Y OBJETO DEL LIBRO DE
RETRATOS.

Era la casa de *Pacheco* cárcel dorada del arte, academia y escuela de los mayores ingenios de Sevilla, al decir de D. Antonio Palomino. Reuniase en ella una tertulia artística y literaria á un tiempo, á la que concurrían con frecuencia los más insignes oradores sagrados de aquellos dias, y los poetas de mayor estro y más alegre inspiracion. Alguna vez, aparecieron en ella Lope de Vega ó Cervantes, Pablo de Céspedes y Vicente Espinel; pero por lo comun formaban la reunion los hijos más ilustres de Sevilla.

Allí se debatían en amigable controversia los más delicados puntos del Arte; allí se consultaban las obras preparadas para salir al público.

Tal vez, en pós de algun párrafo de la severa prosa del P. Valderrama, se escuchó en aquella artística sociedad la primera lectura de *Rinconete y Cortadillo*, ó de alguno de los *Descansos* del Escudero Márcos de Obregon; trasde una *Oda* de Fernando de Herrera, se leerían allí algunos picarescos *refranes glosados* por el Maestro Mal-lara, ó alguna zumbona letrilla de Báltasar del Alcázar ó de Don Juan de Salinas y Castro.

Francisco Pacheco, al ver llegar á su reunion tantos varones notables, tuvo la feliz idea de irlos retratando unos despues de otros; y la delicada atencion de

añadir á cada imágen un resúmen ó elogio, en el cual daba noticias de la vida y de las obras del personaje.

De este pensamiento, que comenzó á poner en ejecucion siendo todavía muy jóven, en el año 1599, y que prosiguió constantemente por más de cincuenta años, dejó noticia bastante clara y circunstanciada en su citado libro del *Arte de la pintura*. Habla en él doctamente de las cualidades de los retratos, cita célebres artistas y valientes cuadros, y añade (pág. 437.): «Haré memoria de los míos, de lápiz negro i rojo (si es permitido), tomando por principal intento entresacar de todos hasta ciento, eminentes en todas facultades; hurtando para esto el tiempo que otros dan á recreaciones: peleando por vencer las dificultades de luces i perfiles, como entretenimiento libre de obligacion; bien pasarán de ciento i setenta los de hasta aquí, atreviéndome á hazer algunos de mujeres. De su calidad podrán hablar otros cuando desaparezcan estas vanas sombras.»

Por comentario á estas palabras del autor, debemos hacer algunas ligeras indicaciones.

Era el *Libro de descripcion de verdaderos retratos* la obra predilecta del docto y concienzudo Pacheco: á él destinaba los retratos más sobresalientes, los de personajes más notables. Peleaba el autor por vencer en sus dibujos á dos lápices las graves dificultades de la luz y las sombras; y convencido y satisfecho así del mérito artístico de su trabajo, como de la gran importancia que alcanzaria andando los tiempos, se sometia al fallo imparcial é inapelable de la posteridad.

¡Con cuánta modestia y sencillez se queja el emi-

nente artista de las injustas censuras con que le abrumaban sus contemporáneos! Tal decia, que mal podría *Pacheco* haber enseñado á Velazquez, valiendo tanto el discípulo y tan poco el maestro: tal otro le criticaba su excesiva severidad en el dibujo y la poca riqueza de colorido, escribiendo á los piés de un crucifijo pintado de su mano aquella conocida redondilla:

¿Quién os puso así, Señor,
Tan descarnado y tan seco?
Vos me direis que el amor,
Y yo digo que *Pacheco*.

«De su calidad podrán hablar otros cuando desaparezcan estas vanas sombras.» Hé aquí la única respuesta del sábio injustamente ultrajado. «Con mi muerte callará la envidia y se hará justicia á mis trabajos.»

Pongamos fin á esta digresion y continuemos en nuestro propósito.

La existencia del *Libro de retratos* consta de las palabras mismas del autor.

De su principio debió ser causa, además de lo notable y numeroso de su tertulia, como antes indicamos, el fallecimiento del Rey D. Felipe II, que años antes habia visitado la ciudad de Sevilla.

Pacheco, que ya tenia concebido su plan, se determinó á darle principio con tan egregio retrato, que tomaria al vuelo en las diversas ocasiones en que pudo ver al Rey, y pensó colocarlo á la cabeza de la obra, (aunque hoy no ocupa ese distinguido lugar) segun lo dicen claramente las palabras con que comienza el elogio. Dicen así:

«Aviendo de dar principio á esta obra, fué necesá-

»rio para la calificacion, autoridad i conservacion
 »della (pues avia de ser una general descripcion de
 »memorables varones), que empezase por el gran Mo-
 »narca D. Filipo de Austria, segundo deste nombre,
 »felicísimo Rey de España, i Señor nuestro, que á la
 »sazon reinava.»

Animado con esta idea, trazó la portada de su obra al año siguiente de la muerte del Monarca, y la dió título.

Figura un elegante medallon, sobre el cual tiende sus alas la Fama: á los lados Hércules y César, reputados fundadores de Sevilla: en la parte inferior un anciano apoyado sobre la urna, y al otro lado una matrona hermosa coronada de torres, con un perro (signo de fidelidad) echado á sus piés, y algunos niños. El anciano simboliza el Padre Betis; la matrona á Sevilla; los niños á sus hijos ilustres. En el centro del medallon se lee:

LIBRO
 DE DESCRIPCION
 DE VERDADEROS RETRATOS, DE
 ILUSTRES Y MEMORABLES
 VARONES
 POR
 FRANCISCO PACHECO.
 EN SEVILLA
 1599.

Formaba el autor los dibujos en un papel muy fino de ocho pulgadas españolas de alto por seis de ancho, sin duda con el intento de poderlos corregir y variar repetidas veces; y los que merecian su aprobacion eran pegados luego en la hoja correspondiente del *Libro* y

adornados con una preciosa orla, á cuyo pié se escribía el nombre del personaje, y despues su *elogio*.

Aumentándose cada dia, crecia en importancia el manuscrito, que *Pacheco* guardaba como preciosa joya (1), y del cual se valia en ocasiones para ilustrar las obras de sus más apreciados amigos. Por ellos hizo el sacrificio de publicar alguno que otro retrato. Veánse las noticias que sobre esto ha podido allegar el colector.

Concurrente á la tertulia artística y literaria que se formaba en el taller de *Francisco Pacheco*, era el célebre predicador agustiniano Fray Pedro de Valderrama, que, entre otras obras, escribió unos *Ejercicios espirituales para todos los dias de la Cuaresma*, que se publicaron por primera vez en Sevilla, en 1602. Multiplicáronse las ediciones de esta obra, acogida con extraordinaria aceptación, repitiéndose en Barcelona, Zaragoza y Lisboa; y ya en el año 1611, se preparó por Juan García, mercader de libros de Salamanca, una buena edicion en fólío, que se estampó en las prensas de Francisco de Cea Tessa. A esta edicion acompañó por primera vez (y única que sepamos) el retrato del eminente orador dibujado por *Francisco*

(1) Para conocer todo el aprecio que tenia *Pacheco* á su *Libro de retratos*, todo el interés que le consagraba, basta la lectura de la nota que puso al fin del *elogio* del maestro Fray Fernando Suarez, que dice así:

«Advierto que este Elogio con estos versos se ha copiado dos veces á instancia de algunos padres graves de su Religion, i se ha llevado á Madrid, porque si se viere impreso antes en nombre de otro autor, se tenga este por el primer original.»

Pacheco y grabado por Francisco Heylan, copiado exactamente del que aquel habia hecho para su *Libro*.

D. Juan A. Cean Bermudez, vió este grabado fuera de su lugar, y habló de él en su *Diccionario de los profesores de bellas artes*, en la vida de Heylan, como retrato de un religioso agustino sin nombre, porque en efecto no lo tiene en la lámina.

Amigo y admirador de Fernando de Herrera, verdadero maestro de la escuela sevillana de poesía, y astro brillante cuya luz se difundia por toda España, quiso *Pacheco* honrar su memoria reuniendo en un cuerpo sus mejores composiciones, que no le satisfacía por lo diminuto el volúmen que en vida de Herrera (1582) se publicó, y en el que tal vez por buenos respetos, ó por escrúpulos del autor se habian omitido muchas poesías, que estaban á punto de perderse, corriendo en pésimas copias entre los aficionados.

Publicó *Pacheco* su edicion en Sevilla, impresa por Gabriel Ramos Vejerano, en el año 1619; y la ilustró con un ligero prólogo y un precioso soneto, y con el retrato del celebrado vate andaluz.

Hoy que, por fortuna, podrán conocer los eruditos una gran parte del *Libro de retratos*, entre los que se conservan el de Fray Pedro de Valderrama y el de Fernando de Herrera, se puede asegurar que *Pacheco* tomó de aquel libro ambos retratos, reduciéndolos á la escala que necesitaban las ediciones á que habian de acompañar.

Vehementes sospechas tengo de que tambien se publicase en vida de *Pacheco* el retrato del P. Luis del Alcázar, docto jesuita, tio del festivo poeta Baltasar; y me induce á creerlo así la observacion de que los retra-

tos que de él he visto, tanto en la Biblioteca colombina como en otros lugares, tienen indudable parecido con el que se conserva en el *Libro*, siendo iguales la posición del cuerpo y la de la cabeza. Pero es sospecha que no he podido convertir en certeza.

V.

EL LIBRO DESPUES DE LA MUERTE DE SU AUTOR.

La tertulia de *Pacheco* se deshizo á la muerte del reputado artista. Pero quedó imperecedero recuerdo de aquella reunion en aquel *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*.

El *Libro*, sin embargo, no estaba concluido. *Pacheco* se habia ocupado de él con singular afecto hasta sus últimos dias; pero no habia podido darle fin. Abundan las razones para demostrarlo.

En primer lugar, porque hay varios retratos, unos sin nombre, otros sin orla; y otros con nombre y orla, y sin *Elogio*, aunque conservan á continuacion la hoja en blanco destinada á contenerlo. Hasta puede señalarse el *Elogio* en que se ocupó *Pacheco* poco tiempo antes de morir, que es el de *D. Manuel Sarmiento de Mendoza*, el cual está sin concluir, quedando suspendido el período y sin terminar ni aún la frase.

Pero ¿cuál fué la suerte de aquel precioso manuscrito, tan estimado por su autor, despues del fallecimiento de este?

Para indagarla, se lanzaron los eruditos á registrar los más célebres historiadores de la ciudad de Sevilla. ¡Pero con qué criterio!

Rodrigo Caro, el docto anticuario, dejó manuscrito y sin concluir un libro que habia intitulado: «*Claros varones en letras, naturales de la ciudad de Sevilla,*» en el cual hizo propósito de reunir, como lo dice en el prólogo, «una breve sinopsis ó catálogo, de aquellos cuyos ingenios fabricaron para sí con ilustres obras monumentos más firmes y durables que la dureza del bronce.»

A este libro inédito acudieron los investigadores, despreciando otros que andaban impresos, y de él sacaron esta noticia:

«Pintó (Pacheco) las imágenes de los varones ilustres que él habia conocido, lo cual alcanzó con su larga edad, poniendo á cada uno un Elogio, las cuales pintadas y encuadernadas en un volúmen remitió al Conde Duque de Olivares, D. Gáspar de Guzman, que lo puso en su librería.»

Ya está manifiesta la suerte del *Libro* que refirió Pacheco en su *Arte de la pintura* iba formando con los retratos, dijeron los eruditos, y la noticia del regalo al Conde Duque, como dada por un autor contemporáneo y tan amigo de Pacheco como lo era Rodrigo Caro, voló sin contradicción.

Y es en verdad extraño, que ninguno de los doctos que citan el pasaje de Caro, haya conocido que *ni es, ni puede ser suyo*, y por lo tanto no merece el crédito que ha querido darsele.

Por el contexto se conoce desde luego que ese párrafo está escrito despues de la muerte de Pacheco, y

por eso se dice, usando los verbos en tiempo pasado, que *pintó* las imágenes de los varones ilustres *que él habia conocido*, declarando con claridad que ya entonces no existia; y corroborándolo despues al añadir, *lo cual alcanzó con su larga edad*.

Ahora bien, Rodrigo Caro falleció el 10 de Agosto de 1647, y *Pacheco* en 1654; luego el párrafo que se escribió despues de la muerte del segundo, no puede ser obra del primero.

Y para que de esto no quede duda alguna, hay otras dos pruebas.

Es la primera: que antes de ese párrafo, que por desgracia ha logrado tanto crédito entre nuestros eruditos, está otro, en el que se dice.

«Escribió:

«*Arte de la pintura*, su antigüedad y grandezas.
»*Imprimióse* en Sevilla, año de 1649, en 4.º, por Si-
»mon Faxardo.»

Mal podria escribir esto Rodrigo Caro, muerto en 1647.

La segunda prueba no es menos decisiva. Por el pasaje que antes copiamos, tomándolo del *Arte de la pintura*, vemos que *Pacheco* en aquella época todavía iba haciendo sus retratos, *tomando por principal intento entresacar de todos hasta ciento*; es decir, que en 1649, todavía estaba en intento aquella obra, que no se había concluido, y que se ocupaba el autor en llevarla á término.

El Conde Duque, cayó de su valimiento en 23 de Enero de 1643, y falleció en 22 de Julio de 1645; luego no pudo *Pacheco* hacerle obsequio con su libro.

Si hubo pues, un autor, que escribió la noticia

de que *Pacheco* había reunido sus *retratos y elogios*, y los había regalado á D. Gáspar de Guzman; conste que no fué Rodrigo Caro quien lo dijo, ni autor contemporáneo del suceso quien tal aseguró.

Ese soñado regalo, debió ser la primera conjetura que formaron los curiosos acerca del paradero de ese *Libro de retratos*, que desapareció desde el punto en que la muerte arrebató á *Pacheco*. D. Nicolás Antonio prohijó la noticia, y le dió cabida en su *Biblioteca hispana*, haciéndola así más general y admitida, pero en verdad se puede asegurar que nunca el *Libro de retratos* llegó á salir de las manos de *Pacheco*.

La verdadera suerte de ese precioso manuscrito fué sin duda, la que indicó el diligente D. Diego Ortiz de Zúñiga, en su excelente obra y *Anales eclesiásticos y seculares* de la muy noble ciudad de Sevilla. Madrid: Imprenta Real, por Juan García Infanzon, año de 1677.

«Francisco Pacheco, dice (año 1598, pág. 588.) sobrino del canónigo, pintor excelente en el dibujo y docto en buenas letras, escribió para los de su arte el de la pintura, y iba formando un libro de retratos y elogios de personas notables de Sevilla, con elogios y breves compendios de sus vidas, de que *he visto y tenido algunos*. Perdióse en su muerte dividiéndose en varios aficionados.»

A esta noticia de un testigo de *vista*, se le dió menos crédito que á la otra atribuida á Rodrigo Caro. Sin embargo, Zúñiga es quien nos dice la verdad.

Pero, se preguntará al llegar á este punto, si el

Libro de retratos se ocultó á la muerte de *Pacheco*, ¿quienes fuéron los que lo arrebataron? ¿Dónde se ha conservado intacto ese considerable fragmento que hoy sale á luz?

A semejante interrogacion, sólo puede contestarse con una conjetura que tiene algunas presunciones á su favor.

Los contertulios de *Pacheco*, fuéron los que se apoderaron del *Libro de retratos*; el fragmento que hoy se publica, fué á parar á las manos de algun religioso que lo colocó en la Biblioteca de su convento. El estado de conservacion en que hoy se encuentran los retratos, da cierta fuerza á esta hipótesis. Pero hay alguna prueba más.

Nueve años despues de la muerte de *Pacheco*, cuando ya los retratos eran cosa perdida, salió á luz en Málaga un libro intitulado:

VIDA, VIRTUDES Y DONES SOBERANOS DEL VENERABLE Y
APOSTÓLICO PADRE HERNANDO DE MATA, CON ELOGIOS
DE SUS PRINCIPALES DISCÍPULOS. —POR FRAY PEDRO
DE JESÚS MARÍA, MONGE DE LA CONGREGACION
REFORMADA DEL ÓRDEN DE SAN BASILIO
MAGNO, DEL YERMO DEL TARDON.—
DEDICADO AL MISTERIO DE LA
INMACULADA CONCEPCION DE
MARÍA SANTÍSIMA NTRA.
SEÑORA.

*Con licencia: en Málaga, por Mateo Lopez Hidalgo. Este
año de 1663.*

Es un tomo en 4.º español, impreso á dos columnas, y lleva al frente el retrato del venerable Padre, copiado del último que existe en el *Libro de descrip-*

cion de verdaderos retratos. Es un grabado harto infeliz, á cuyo pié se lee:—D. Obregon escud.—En Madrid, año 1658.

Pero hay más todavía. Al cap. 4.º fól. 6 de esa obra, se habla del P. Rodrigo Alvarez, de la Compañía de Jesus, y se inserta, copiado á la letra, el *Elogio* escrito por *Francisco Pacheco*, diciendo:

»Trasladaré por más breve, el Elogio en que epilogó su vida y virtudes en su *Libro de varones insignes*, *Francisco Pacheco*, Apeles de nuestro siglo, »tan conocido por su pincel como por su piedad, que »por largo tiempo trató al Padre.»

Al finalizar el *Elogio* dice:

«Hasta aquí este varon pio, y buen poeta, y excelente pintor.»

Más adelante al fól. 104, cap. 16, último del libro 3.º de los cuatro en que se divide la obra, principia así:

«Elogio en que *Francisco Pacheco*, pintor insigne, epilogó la vida, virtudes y dones del Venerable y Apostólico varon el P. Hernando de Mata.»

»Tan conocido en toda España fué *Francisco Pacheco* por su raro pincel, como en su patria, Sevilla, »por su aventajado ingenio y virtud. Remató este excelente pintor los años de su vida, sacando á luz un »insigne libro de la pintura y otro de varones insignes »de aquella gran ciudad, en que con el dibujo de su »imágen ó retrato, da una breve noticia de su dueño, »formando en cifra un *Elogio* de sus alabanzas. El »que compuso del Venerable P. Hernando de Mata »(inmediato al de su maestro el P. Rodrigo Alvarez) »es el siguiente:»

Y se copia tambien textualmente. Mas ni en el uno ni en el otro se habla del poseedor del original que se copiaba, ni se dice dónde existia este á la sazón.

Por estas circunstancias no creemos que seria aventurado el asegurar, que este fragmento de 56 retratos, entre los que se encuentran los del P. Rodrigo Alvarez y el venerable Hernando de Mata, paró en una casa de religiosos.

.

Grande laguna se encuentra desde la publicacion de la vida del P. Hernando de Mata en 1663, pues no tenemos noticia alguna del paradero del *Libro de retratos*, ni de sus fragmentos hasta el año de 1827.

En ese largo período habia publicado su obra intitulada *Museo pictórico y escala óptica*, D. Antonio Palomino y Velasco (Madrid: por la viuda de Juan García Infanzón: 1724) y aunque consagró un volumen entero á las *vidas de eminentes pintores españoles*, investigando con prolijo esmero muchas y muy curiosas noticias, nada dijo en la vida de *Francisco Pacheco* de la existencia del *Libro de retratos*; que muy oculto debia de andar cuando no lo descubrió su diligencia.

Igual observacion es aplicable á la preciosa obra de D. Juan A. Cean Bermudez, *Diccionario histórico de los más ilustres profesores de las bellas artes en España* (Madrid: por la viuda de D. Joaquin Ibarra, año de 1800); pues aunque en el artículo consagrado á *Pacheco* dice que: «pasaron de ciento y setenta los »(retratos) que ejecutó de lápiz negro y rojo, de sujetos de mérito y fama;» lo exiguo de la noticia y el no hacer mencion de los *Elogios*, basta para que se com-

prenda que no habia llegado á ver aquellos retratos

Desde el año 1654, fecha de la muerte de *Francisco Pacheco* hasta principios de nuestro siglo, nadie habia logrado ver el *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*.

VI.

NOTICIAS Y DUDAS.

Poco tiempo habia pasado despues de la publicacion del *Diccionario* de Cean Bermudez, cuando principi6 á hablarse, aunque vagamente, de la obra inédita de *Pacheco*.

¿Fué tal vez porque algun curioso alcanzó á ver en la Biblioteca, donde se encontraban, los retratos que luego han parecido? ¿O fué quizá porque habian salido de su encierro y pasado á manos que los estimaban en su justo valor?

No es fácil que se pudiera dar hoy satisfactoria respuesta á estas preguntas. Lo que hay de indudable, es, que durante ese dilatado período de tiempo en que los retratos estuvieron ocultos, hubo quien trató de conservarlos encuadernándolos en un volumen en pasta, y salvando así de pérdida ó extravío aquellos inestimables cuadernos.

Sin embargo, repetimos, que sea por una ó por otra causa se principiaba á hablar en los círculos literarios de España del *Libro de Francisco Pacheco*.

Pero lo que por primera vez se publicó, dando ya idea de que el libro era conocido, aunque sin nombrar-

lo, es necesario buscarlo en el año 1829. Salió entonces á luz la obra titulada:

NOTICIAS DE LOS ARQUITECTOS Y DE LA ARQUITECTURA EN ESPAÑA DESDE SU RESTAURACION, POR EL EXCMO. SEÑOR DON EUGENIO LLAGUNO DE AMIROLA, ILUSTRADAS Y AUMENTADAS CON NOTAS, ADICCIONES Y DOCUMENTOS POR DON JUAN A. CEAN BERMUDEZ, CENSOR DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA, CONSILIARIO DE LA DE SAN FERNANDO Y INDIVIDUO DE OTRAS DE LAS BELLAS ARTES. — DE ÓRDEN DE S. M. — MADRID: EN LA IMPRENTA REAL, AÑO DE 1829.

En el tomo 3.º á la pág. 164, se contienen algunas noticias sobre Juan de Oviedo, maestro mayor y jurado de la ciudad de Sevilla. En los documentos del mismo tomo, pág. 368, núm. 31, se inserta la vida del mismo, *escrita*, se dice, por el erudito pintor *Francisco Pacheco*; y en efecto, es copia exacta del *Elogio* que este puso á continuacion del retrato del ilustre arquitecto.

Ya vimos que D. Juan A. Cean Bermudez, en su *Diccionario*, apenas habló de los retratos dibujados por *Pacheco* y nada dijo del *Libro de retratos y biografías*. ¿Dónde adquirió despues el *Elogio* de Juan de Oviedo? ¿Quién poseia aquel libro en el año de 1829? Ni una palabra se dice sobre esto en toda la obra de Llaguno y Amirola.

A pesar de ese silencio, tenemos un dato seguro para afirmar que en el año de 1829 habia ya dos, por lo menos, que el *Libro de retratos* se encontraba en poder de D. Vicente Avilés, hombre muy aficionado á curiosidades, y médico que habia fijado su residencia en la villa de Fuentes de Andalucía.

El dato á que aludimos es, que el dicho D. Vicente habia presentado á la Real Academia sevillana de buenas letras, una *Memoria biográfica* del poeta Baltasar del Alcázar, copiando casi en su totalidad el *Elogio* que escribió *Francisco Pacheco*.

¿Dónde habia adquirido el D. Vicente Avilés, el *Libro de descripcion de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*? ¿Habia mucho tiempo que lo poseia cuando presentó su *Memoria* á la Academia de buenas letras?

No podrémos decirlo con exactitud. El D. Vicente cuando presentó en la Academia su biografía de Alcázar, que tiene fecha de 4 de Diciembre de 1827, nada dijo del manuscrito de donde habia copiado sus noticias, y solamente habló de él, aunque siempre de un modo vago é indeciso despues de ver censurado su trabajo por el docto D. Justino Matute y Gaviria (1). Una noticia vaga, aunque comunicada por persona que trató mucho á Avilés, nos indica que habia recogido el libro en el año de 1820, de otro amigo suyo que lo poseia desde que los franceses habian estado en Sevilla, el año de 1808.

La Real Academia de la historia tuvo poco tiempo despues de la publicacion de la obra de Llaguno y Amirola, una prueba indudable de la existencia del libro de *Pacheco*.

En 4 de Junio de 1830, fué nombrado sócio correspondiente de aquella corporacion, el médico de Fuentes de Andalucía, D. Vicente Avilés. Agradecido este,

(1) Véase el apéndice número 1.º

sin duda, á tan honrosa distincion, cortó del *Libro de retratos* el de Benito Arias Montano, y lo envió á Madrid para que con él se ilustrase el *Elogio histórico* que habia escrito D. Tomás José Gonzalez Carvajal y que está inserto en el tomo 7.º de las *Memorias* de la Academia (1).

El retrato original estuvo en Madrid; fué litografiado por C. Rodriguez y estampado en el Real Establecimiento tipográfico. Despues volvió á poder de su dueño, y cortado estaba cuando adquirió el *Libro*, el autor de estos *apuntes*.

Y es digno de llamar la atencion, el concepto que la ilustre corporacion estampó en el *Resúmen de las actas desde el año de 1821 hasta concluido el de 1831*, que se inserta al principio del mencionado tomo 7.º de las *Memorias*.

«Por otro conducto muy diverso (se dice á la pág.)
 »ha adquirido la Academia la noticia de que, el maes-
 »tro *Leon (Fray Luis)* cultivó tambien el arte de la
 »pintura. Así lo expresó el famoso pintor sevillano
 »*Francisco Pacheco*, en el *Elogio* que puso al pié de
 »su retrato, entre otros que dibujó y existen en la co-
 »leccion que presentó al Conde Duque de Olivares, y
 »conserva original nuestro individuo correspondiente,
 »D. Vicente Avilés, médico de la villa de Fuentes en
 »la provincia de Sevilla.»

Cuando tan explícita se muestra la Academia al dar la noticia de que Fray Luis de Leon, habia sido afi-

(1) Así consta de *Nota* escrita de puño y letra de Avilés, que se encuentra todavía dentro del *Libro de retratos*.

cionado al arte divino de Apeles y de Murillo, se hace más extraño el silencio que se guarda acerca del origen y procedencia del retrato de Arias Montano, que va incluido en el mismo tomo.

.
 Por este mismo tiempo, y aún algunos años antes, anduvo también por Madrid, si hemos de dar crédito á las noticias que acerca de esto se conservan, otro cuaderno, de los varios en que al decir de D. Diego Ortiz y Zúñiga se dividió la obra de *Pacheco*.

En el *Semanario pintoresco español*, número correspondiente al 16 de Marzo de 1845, se publicó una biografía del poeta Francisco Lopez de Zárate (á quien *Cervantes* mostró tanta estimación al fin de *Los trabajos de Pérsiles y Sigismunda*), escrita por D. Eustaquio Fernandez de Navarrete, é ilustrada con un retrato desconocido hasta entonces. Al finalizar la biografía decía Navarrete:

«El retrato de Zárate, hízolo trasladar á Goya en
 »lápiz D. Martin Fernandez Navarrete, de uno de los
 »cuadernos del libro de *Pacheco*, en que retrató á to-
 »dos los hombres célebres de su tiempo: no sabiéndo-
 »se ya dónde pára aquel cuaderno, no será extraño
 »que hoy dia fuese el hecho por Goya el único retrato
 »que se conservase de Zárate. Por este motivo, te-
 »miendo que el lápiz se borrara, lo hicimos trasladar
 »en tinta de china por el profesor de la Academia de
 »San Fernando D. Benito Saez, quien lo hizo con
 »toda exactitud, y su trabajo ha servido de original al
 »que va al frente de esta biografía.»

El asendereado retrato, que por tantas manos pasó, tuvo por última desgracia, la de aparecer en el *Sema-*

nario en un malísimo grabado. Su publicación proporcionó á pesar de todo, la noticia de ese otro cuaderno del *Libro de Pacheco*, que tuvo en su poder don Martin Fernandez de Navarrete.

Quizá tambien de ese mismo cuaderno, hoy extraviado ó perdido, procederá el retrato del doctor Bernardo de Valbuena, que acompañó á la edicion del *Siglo de oro* y la *grandeza mejicana*, publicada por la Academia española en el año de 1821. El retrato tiene todo el carácter de los dibujados por *Pacheco*. Está representado el poeta jóven y en traje seglar; y Valbuena tocó en Sevilla á la vuelta de su primer viaje á América por los años de 1590 ó 1591, y pudo ser entonces retratado.

De este cuaderno ninguna noticia hemos podido adquirir. Tal vez proceda de él, un retrato que posee el Señor D. Valentin Carderera, del cual hablaremos despues.

Mucho se hablaba del *Libro de retratos* en esta época, mientras lo poseyó D. Vicente Avilés. Las noticias corrian en España y más aún por el extranjero. Pero muchas personas no creian que fuera el original, sino una copia; otros dudaban, y solamente los que alcanzaron á verlo (bien es verdad que fuéron muy pocos, porque Avilés no lo mostraba fácilmente), pudieron convencerse de que se habia salvado este inapreciable monumento literario.

Avilés facilitó copia de varios Elogios á D. Martin Fernandez de Navarrete, los cuales fuéron publicados despues de la muerte de este, por D. Luis Villanueva en los años de 1844 y 1845, en el *Semanario pintoresco*, bajo el título de *El Album de Francisco Pacheco*.

Los Elógios publicados por Villanueva, fueron:

Fray Luis de Leon. (Noviembre de 1844.)

Pedro Mejía. (Diciembre de idem.)

Juan de Mal-lara. (Febrero de 1845.)

Juan de Oviedo. (Julio de idem.)

Y en Setiembre del mismo año de 1845, publicó un fragmento del Elogio de Fernando de Herrera, diciendo: «Este es el último fragmento que podemos ofrecer á nuestros lectores de la interesante obra de »*Francisco Pacheco*, porque si bien es verdad que »aún poseemos el *Elogio* de Arias Montano, como »ya nos hemos ocupado de su biografía, lo creemos de »todo punto inútil.»

Tambien dió D. Vicente Avilés, el *Elogio* de Pablo de Céspedes, el de Pedro Mejía, la *Memoria biografica* de Alcázar, y otra escrita por él, del Jurado Juan de Oviedo, en la *Floresta andaluza*, periódico literario que empezó á publicarse en Sevilla el 1.º de Abril de 1843 (1).

De *Elogios* fué pródigo Avilés, y permitió la publicacion de muchos, segun hemos visto; de *retratos* no sabemos que diera copia más que del de Benito Arias Montano. En cuanto á mostrar el original de *Pacheco* á los aficionados, nos dicen que fué muy circunspecto. Unicamente, sabemos de D. Serafin Estévez Calderon, que viniendo de jefe político á Sevilla, se detuvo en Fuentes; y de D. Francisco Iribar-

(1) Entre los preliminares del tomo XXI de la *Biblioteca de autores españoles*, 1.º de *Historiadores de sucesos particulares*, incluyó el Sr. D. Cayetano Rossell el *Elogio* de Pedro Mejía.

ren, distinguido jurisconsulto de esta ciudad y natural de aquel pueblo, que puedan dar noticia de haber visto el *Libro de retratos*, mientras lo poseyó el don Vicente.

En el año de 1839, y sin que se sepa con qué objeto, aunque se sospecha, hizo Avilés que el profesor de instruccion primaria de Fuentes de Andalucía, le sacase una copia exacta de los *Elogios* escritos por *Pacheco*; y poco tiempo despues desapareció el original, y se perdió su huella tan completamente, que muchas personas dudaban de que hubiera existido.

VII.

HALLAZGO Y COMPRA EN 1864.

Al fallecimiento de D. Vicente Avilés, dos aficionados de Sevilla, D. Juan José Bueno y D. Francisco de B. Palomo, emprendieron un viaje á Fuentes con el único objeto de adquirir el *Libro de retratos*. Inútiles fuéron sus pesquisas, y hubieron de contentarse, con que de la copia hecha por el maestro de instruccion, se les permitiera sacar otra.

Esta copia de la copia, es la que tuvo en su poder el D. Juan J. Bueno, durante algunos años, y últimamente donó á la Real Academia de la historia.

Curiosa ha parecido á los aficionados la historia de la desaparicion y hallazgo del preciado *libro*, y tanto, que el Sr. D. Antonio de Latour, tan conocido y respetado en la república de las letras españolas, la juzgó digna de ocupar un lugar en las columnas de la

Revista Británica y la narró con su expresiva naturalidad en el número correspondiente al mes de Agosto de 1866.

Digno, por más de un concepto, el artículo del señor Latour de figurar en este trabajo, lo trasladaremos íntegro, aún á riesgo de repetir algo de lo que llevamos dicho, aprovechando la fácil y exacta traducción hecha por el reputado novelista D. Joaquin E. Guichot, que apareció en *El Porvenir de Sevilla* del 23 y 24 de Octubre del mismo año, y fué reproducida por otros periódicos.

BIBLIOGRAFÍA.

—

EL LIBRO DE PACHECO.

«Tenemos una verdadera satisfacción en traducir, de la *Revista Británica*, excelente y acreditado periódico que se publica una vez al mes en Paris, una parte del notable artículo que el Sr. D. Antonio de Latour da á luz en el número correspondiente al mes de Agosto próximo pasado.

» En este artículo, el Sr. de Latour trata con su recto criterio y profundo talento investigador, entre otras cosas relativas á la fisonomía literaria, artística, política y moral de la España de nuestros días, de ese inapreciable manuscrito conocido por *El libro de Pacheco*, que nuestro querido é ilustrado amigo el señor D. José María Asensio, tuvo la fortuna de encontrar

despues de largas y perseverantes investigaciones.

»Dos cosas nos mueven á hacer la traduccion de la parte más importante, á nuestro juicio, del mencionado artículo : la primera renovar en el corazon de los amantes de nuestras glorias literarias y artísticas la indecible alegría con que recibieron la noticia del hallazgo de esa maravilla de los buenos tiempos de la Escuela Sevillana ; y la segunda pagar un tributo de agradecimiento á uno de los pocos sábios extranjeros que, al escribir de las cosas de España, lo hacen con rectitud é imparcialidad, y saben colocarse en situacion desembarazada y ponerse muy alto por encima de preocupaciones vulgares que tienden á rebajar las verdaderas y sólidas grandezas de esta nacion. El señor de Latour, en una palabra, escribe de España en España ; basta esto para que con su buen juicio sepa decir la verdad.»

Dice así :

«¿Recordais ese libro inapreciable que se creia perdido para siempre, y que, sin embargo, fué encontrado, en buen hora, por el Sr. D. José María Asensio, quien poco tiempo antes nos habia sorprendido con el feliz hallazgo del verdadero retrato de Cervantes? Pues bien, quiero hablaros de esta preciosa coleccion de retratos y noticias históricas pertenecientes á personajes ilustres del siglo xvi, dibujados aquellos y escritas estas por el pintor Pacheco, el primer maestro que tuvo Velazquez, y que más tarde fué su suegro. Yo he visto este precioso manuscrito ; lo he tenido entre las manos, y puedo hablaros de él con entero conocimiento de causa. Sabíase, á principios de este siglo, que existia, si no todo, al menos una

parte; pero no se sabia dónde se encontraba, ni se conocia de él más que una copia incompleta del texto. Supe que estaba al fin en poder de D. José María Asensio, y llegué á Sevilla aguijoneado por el deseo de ver esa maravilla.

»Asensio no es ciertamente uno de esos hombres de los cuales se dice en España: *si fuera sol no calentaria á nadie*; así que, la misma satisfaccion que yo he tenido habreis de tenerla vos, puesto que el libro será publicado por su actual dueño, quien se ha comprometido consigo mismo y con la memoria de Pacheco, á darlo á la estampa. Pero ¿se servirá del grabado, ó de la fotografía? Esto es lo que Asensio no ha resuelto todavía.

»El libro tiene el tamaño de fóllo español, y está modestamente encuadernado. Contiénense en él unos cincuenta y seis retratos y cuarenta y cuatro noticias biográficas, escritas del puño y letra de Pacheco, con una perfeccion tal, que nos recuerda los grandes calígrafos del siglo xvii. Puede decirse que es una obra admirablemente *pintada*, ya se considere bajo el punto de vista literario, ya bajo el punto de vista artístico. La coleccion debió ser más numerosa, y es presumible que una parte se ha perdido, si no en vida del autor y por su voluntad, acaso poco despues de su muerte. Es notorio que Pacheco se habia propuesto elegir en su coleccion de retratos y biografías los personajes de mayor celebridad para darles cabida en el libro; y, sin embargo, faltan unas veces el retrato, otras la noticia histórica. Contentémonos con lo que ha quedado, que ya es mucho.

»Son los retratos bustos de unas ocho pulgadas de

altura, de las que corresponden dos á la cabeza; cada uno está encerrado en un cuadro delineado y enriquecido con adornos dibujados á la pluma, habiendo cuidado Pacheco de que estos adornos fueran alegóricos al talento ó al carácter del personaje retratado. Los de los poetas, en particular, ostentan una corona de laurel. Encima de cada retrato se lee un versículo de la Escritura, que viene á ser un resumen de la vida del modelo, y frecuentemente un juicio acerca del mismo. Las figuras están dibujadas á dos lápices, rojo y negro, con una delicadeza que se acerca á la miniatura, y con una vivacidad tal de expresion, que, á pesar del tiempo transcurrido, conservan todas ellas los rasgos del génio que los animó. Aquellos ojos hablan todavía, á pesar de los tres siglos que han trascurrido; y de los labios de Quevedo, por ejemplo, se espera ver salir sus agudos epigramas ó una sátira mordaz. Diríase que Fray Luis de Granada va á leernos una página de sus obras inmortales, y que la profunda mirada de Fray Luis de Leon se anima inspirada con los primeros versos de su magnífica oda:

«Qué descansada vida
La del que huye el mundanal ruido.»

»Porque los retratos de estos tres célebres ingenios se encuentran en la coleccion, y en ellos se ven los verdaderos rasgos de aquellas fisonomías, que sólo conocíamos por las defectuosas copias que han llegado hasta nosotros, por más que en su origen fuesen, quizás, tomadas en el libro de Pacheco.

»Cuando aconteció la muerte de Pacheco, el libro

debía estar tocando á su fin, puesto que el título y la portada están concluidas. No obstante, aún en lo que queda de él se advierten vacíos que no pueden ser obra del tiempo; véanse biografías á medio acabar, páginas en blanco que parecen estar esperando la pluma del autor. Hay más: hay retratos sin nombre; pero no debemos lamentarnos mucho de estas omisiones; pues Asensio es hombre muy abonado para suplirlas, y tanto, que si no me engaño, ha descifrado ya algunos de los enigmas contenidos en aquellas amarillentas fojas.

»Me parece haber dicho lo muy bastante para excitar la curiosidad de todos los aficionados á estos raros y elocuentes testimonios que dan de sí mismos un gran pueblo y una gran época. Pero debiendo satisfacer también la de aquellos literatos que desean saberlo todo, voy á contaros ahora la manera cómo ha sido hallado este precioso manuscrito. Este será un cuadro de las costumbres españolas.

»Sabíase que un D. Vicente de Avilés poseía el libro de Pacheco, y que este D. Vicente habitaba en un pueblecillo de Andalucía, situado al pié de Sierra-Morena, *lugar de cuyo nombre, al menos por ahora, no quiero acordarme*, ya sea para interesar mi relación con un poquito de misterio, ó más bien para que la malicia humana no venga en tentación de levantar una punta del velo que la caridad nos manda echar sobre la memoria de los muertos. ¿De qué manera había llegado este tesoro á manos de D. Vicente de Avilés? Se ignora; pero es lo más probable que lo adquiriera por herencia. D. Vicente conocía el valor de la alhaja que poseía, y en diferentes ocasiones había estado en

tratos con extranjeros para enajenarla. Pocos instantes antes de su muerte, que fué casi repentina, hubo de decir á sus herederos (sólo tenia sobrinos) que habia ocultado en lugar seguro la porcion más preciada é importante de sus bienes; es decir, el libro de Pacheco y varias alhajas. Muerto Avilés, sus herederos registraron cuidadosamente toda la casa, sin dar con el codiciado tesoro, y tuvieron que contentarse con una copia del texto que su tío sacara por lo que pudiera suceder.

»A la sazón llegaron al pueblo dos aficionados procedentes de Sevilla, que, ignorantes de las precauciones que tomara Avilés, se congratulaban con la esperanza de que sus herederos cederían gustosos una propiedad que valía menos á sus ojos que un ardite de moneda antigua catalana. Mohinos y cariacontecidos quedaron al saber lo que habia sucedido con respecto al libro; empero no descorazonaron del todo, y pidieron y obtuvieron permiso para proceder á nueva búsqueda. Buscad, buscad, les dijeron, y si teneis la fortuna de encontrar, las alhajas serán para nosotros y el libro para vosotros. Aquellas buenas gentes ignoraban que la parte más valiosa del tesoro oculto era, sin disputa, el libro.

»Como los buscadores de oro en la California, así nuestros dos aficionados sudaron agua y sangre para descubrir el codiciado *placer*. Reconocieron las paredes de la casa, levantaron las solerías, pusieron en desórden los tejados, desarmaron las cómodas, mesas y alacenas; hubieran, en fin, de buen grado vaciado las botas de vino y las tinajas de aceite á no haberles ido á la mano. Rinconete y Cortadillo entrados du-

rante la noche en una casa, en ausencia de todos sus moradores, no la hubieran puesto á saco con más gentil desembarazo. Trabajo inútil; y todo cuanto obtuvieron de él los aficionados sevillanos, fué el permiso para sacar una copia de la copia del libro hecha por D. Vicente Avilés. De esta copia, que el Sr. Bueno me dió á leer en 1849, es de la que he hablado en mis primeros *Estudios sobre España*.

»El Sr. D. José María Asensio tuvo la franqueza de decirme que la lectura de lo que yo habia escrito acerca de esta copia despertó en él el deseo de probar fortuna, intentando la empresa en que D. Juan José Bueno y su amigo habian naufragado. Os ruego no olvidéis este detalle, que me proporciona la íntima satisfaccion de haber tenido una pequeña parte en el mérito del descubrimiento. No es grande, si quereis, el motivo que tengo para envanecerme; empero modesto y todo como es mi papel, me doy por satisfecho.

»Asensio tuvo una idea feliz; esto es, que el manuscrito no habia sido hallado en la casa, por la sencilla razon de que nunca estuvo oculto en ella; en tal virtud supuso fundadamente que fué depositado en manos de algun amigo de D. Vicente Avilés. Pero, ¿dónde encontrar ese depositario que habiendo tenido tiempo sobrado para hablar, permanecia, sin embargo, silencioso? Acontece, con frecuencia, que un secreto confiado á un hombre desleal, permanece encerrado en su corazon cual si estuviera sepultado en los abismos del mar. No obstante, persuadido Asensio de que se encontraba en buen camino, decidió no separarse de él. A juicio suyo, las investigaciones debian practi-

carse en el mismo pueblo ; mas ¿érale dado hacerlas en persona ? ¿Cómo abandonar su bufete, sus clientes, sus negocios diarios ? ¿Cómo establecerse, fuera accidentalmente, en un pueblecito donde su presencia hubiera despertado la curiosidad del vecindario, sido origen de infinitos comentarios, y, lo que era más de temer, despertado la desconfianza del infiel depositario, quien, en tal virtud, se hubiera puesto sobre un pié como grulla ? Era, pues, necesario enviar allá un emisario discreto é inteligente ; mas ¿quién ? Este era el hito de la dificultad.

»Existen en Andalucía ciertos hombres que parecen haber nacido expresamente para desempeñar misiones diplomáticas al menudeo. Hombres que no han podido terminar ninguna carrera, empero que las han empezado todas, y creándose de esta manera un caudal de conocimientos, una especie de gramática parda que los hace aptos para todo, y que les abre todas las puertas ; y como la naturaleza los ha dotado, además, de muy buenos vientos, son los mejores perros para levantar todo género de caza. Se podría escribir un artículo de costumbres acerca de estos agentes ó corredores de negocios al pormenor, de los cuales Fígaro es el padre legítimo ; especie de trota-conventos que andan siempre á caza de gangas, con una mano por el suelo y otra por el cielo, oliendo donde guisan, comprando y vendiéndolo todo, y que tienen la gracia particular de apuntar á la izquierda cuando quieren tirar sobre la derecha. Su vida es nómada, aparecen y desaparecen allí mismo donde menos se les espera. Viajeros incansables, recorren los pueblos y lugares, inspeccionándolo todo, trabando conversacion con

todo el mundo, y siempre fija la mirada en la alhaja que lleva encima su interlocutor. Tienen un don particular para adquirir de la viuda los objetos que conserva como preciado recuerdo, y si esta se resiste demasiado, se arreglarán de manera que dejan sumergido el anzuelo en términos de hacer desear su regreso. Siembran á hurtadillas, pero se presentan resueltamente cuando la miés está madura. ¡Cuántas veces el mismo que los rechazó con indignación, los recibe más tarde con alegría, imaginándose que llegan para hacerle un beneficio! Ciertamente que se encuentran en todos los países esta clase de hombres; pero los de Andalucía tienen una gracia particular que los hace verdaderos personajes de comedia; son hombres de negocios y buhoneros por mitad, teniendo de los primeros esa práctica sutil de las leyes y de los asuntos que embaraza al cliente, y de los segundos el arte de sorprender y enlazar la víctima para despojarla á sus anchas. Os prevengo que no es un retrato el que acabo de hacer, sino que he intentado poner en evidencia un tipo señalando sus principales caractéres.

»Ignoro de quién se valió Asensio en esta ocasion; mas, fuera quien fuere, es lo cierto que debió ser un hombre dotado de todo cuanto era indispensable para llevar la ventura á feliz término. Ofrecióle una buena recompensa, y el emisario fué á establecerse sin ruido y con un pretexto cualquiera en la posada única del pueblecillo que indiqué anteriormente. En él, y tanto, que aparentaba ocuparse con asiduidad de sus particulares negocios, trababa conversacion con todo el mundo. Sin embargo, dejó trascurrir algunos dias antes de fijarla sobre el difunto D. Vicente Avilés. Ya

puesto en este camino, un día hablaba de este señor, y otro de sus sobrinos, cuidando de hacer hablar á sus interlocutores, y provocando digresiones que eran muy de su agrado, sobre todo cuando con tal motivo, alguno de los contemporáneos de Avilés hablaba de las relaciones que éste habia tenido en la última época de su vida. En estas ocasiones, el encargado de negocios de Asensio se hacia todo oídos; y en una de ellas supo que aquel de los más íntimos amigos que sobrevivió á D. Vicente, le habia seguido de cerca al sepulcro. Esta noticia lo dejó casi completamente desconcertado; sin embargo, no quiso renunciar del todo á sus investigaciones antes de hacer una nueva tentativa cerca de los herederos de D. Vicente, para inquirir noticias del extraviado manuscrito. Estos le dieron cuenta detallada de todas las diligencias que se habian hecho en la casa para descubrirlo: y deduciendo de tantas idas y venidas que el perdido tesoro debia ser de gran valía, los sobrinos de Avilés le ofrecieron en venta la copia del manuscrito por el precio de seis mil reales vellon. El comisionado rióseles en las barbas, y regresó á su posada. Ya en ella, y despues de maduras reflexiones, de las cuales dedujo que debia perderse toda esperanza, escribió á Asensio, anunciando su próximo regreso á Sevilla.

»Púsose con negro humor á hacer sus baules, y el posadero que lo advirtió, le preguntó el motivo. El fiel diplomático, que no estimaba ya necesaria la reserva que se impusiera, respondió que habia venido á un negocio que se habia vuelto agua de cerrajas.—¿Qué negocio es ese, insistió el posadero? Notad que el posadero en España, y sobre todo en los pueblos peque-

ños, es hoy en día el mismo que era en los tiempos de D. Quijote. Tiene su tanto de importancia en la localidad, y se entromete con buena voluntad en los asuntos de los viajeros que aloja. Sentado á la caída de la tarde en la puerta de su posada, donde se detiene un momento todo el que pasa por la calle, presta oído atento á muchas cosas que guarda en su memoria, las cuales enlaza entre sí, y de las que se acuerda en tiempo y lugar oportuno.

»El comisionado contestó á la pregunta de su huésped: — ¡Busco un renegrido libro....! — ¿Un manuscrito?— Eso es; sí, señor, un manuscrito de Pacheco; y pronunció este nombre con voz apenas inteligible. ¿Sabía acaso el posadero si había existido un Pacheco en el mundo? Sí que lo sabía, y tanto, que contestó: — ¿Por qué no ha hablado usted desde luego con franqueza? Yo le hubiera dicho dónde se encuentra.... Quien lo tiene es el señor arcipreste. — Y en el acto relató la siguiente historia.

»D. Vicente de Avilés vendió el libro en una suma considerable á un inglés que, de paso por el pueblo, se dirigía á Málaga, de donde debía regresar para recogerlo. No se sabe si cansado de esperarlo, ó por otro cualquier motivo, Avilés depositó en manos de uno de sus amigos el manuscrito y unas cuantas alhajas de bastante valor. Al día siguiente de haber hecho el depósito, Avilés murió de repente, y el amigo tuvo tentaciones de guardarse el depósito. Para tranquilizar su conciencia, se dijo que el difunto no tenía hijos, y esta mala reflexión le decidió á cumplir su mal propósito. De tiempo en tiempo hacia un viaje á Sevilla, donde vendió una por una todas las alhajas hasta que-

darse con sólo el manuscrito, que renunció á vender, por no llamar la atención. La idea de quemar el libro cruzó por su mente como el mejor medio de resolver el conflicto en que se encontraba. De todos cuantos peligros amenazaron la existencia de este precioso manuscrito, el más grave, sin duda, fué el pensamiento que se le ocurrió al poco escrupuloso depositario. La muerte resolvió todas sus dudas. Pero tenía una mujer, que al verse sola cargada con tan pesada responsabilidad, tuvo miedo y quiso aliviar su conciencia, entregando el libro á su confesor con encargo de restituirlo. Las restituciones por medio del confesor son muy frecuentes en España. El sacerdote se encontró bastante embarazado y perplejo, temiendo que los herederos de Avilés, al recibir de sus manos el manuscrito, le pidieran cuenta de las alhajas depositadas con él, y dudó mucho tiempo acerca del destino que le convenia dar al libro. Nuevos riesgos amenazaron al asendereado manuscrito; riesgo que no debió correr en esta ocasion, puesto que el sacerdote debió comprender que el deber le mandaba arrostrar una sospecha, que no hubiera subsistido mucho tiempo, vista la autoridad moral y el carácter respetable del nuevo depositario. La obra maestra de Pacheco estuvo, pues, otra vez á punto de desaparecer para siempre.

»Así las cosas, llegó al pueblo el emisario secreto de D. José María Asensio, cuando todavía no estaban resueltos los escrúpulos y las vacilaciones del eclesiástico. Compréndese desde luego, que al saber estos pormenores renunció á volver á Sevilla. En la mañana siguiente se presentó en casa del arcipreste, quien

interrogado, negó el depósito. El comisionado, seguro del hecho, no sólo no se desanimó, sino que hizo firme propósito de volver á la carga. Faltóle el tiempo, puesto que el sacerdote murió en aquellos días: no parece sino que este manuscrito era fatal para todos aquellos que lo poseían. Sin duda que al morir el arcepreste dispuso que el libro fuese devuelto á los herederos de D. Vicente de Avilés, puesto que el comisionado supo al mismo tiempo su reaparición y la muerte del último depositario. Dióse prisa á hacer una visita á los herederos, quienes esta vez le recibieron con visibles muestras de alegría. La suma que pidieron por el libro (12.000 rs. vn.) no era ciertamente exorbitante, ni capaz de arruinar á un aficionado. Consultado D. José María Asensio por el telégrafo, dió su consentimiento, y la compra se verificó en el acto. Cuando Asensio se consideró tranquilo y seguro poseedor del precioso manuscrito, su alegría y su satisfacción fueron mayores que si hubiese ganado un gran pleito en interés de la casa del duque de Medinaceli, y de seguro que no se hubiese tenido por más dichoso.

»Esta luna de miel dura todavía, y todo cuanto han intentado académicos, aficionados y editores para sacar tan inapreciable joya de la biblioteca del Sr. Asensio, ha sido completamente infructuoso, y sólo ha servido para aumentar su inmensa satisfacción. La maravilla de Pacheco no saldrá de sus manos sino para difundirse por todo el mundo. Ha tomado á pecho esta empresa, y dice, que ya que no sea el padre de la obra, quiere ser su padrino.

»Os prometo una esquila de convite.

ANTONIO DE LATOUR.»

Hasta aquí el artículo de la *Revista Británica*.

A sus noticias, una tan sólo podrémos adicionar. Cuando primeramente Mr. Stirling de Keir, y después el baron Taylor, en sus excursiones artísticas por España, llegaron á la Andalucía, parece ser que traian noticia exacta del libro inédito de *Francisco Pacheco*, y firme propósito de adquirirlo, sin duda para que pasara á enriquecer, como preciosa joya, algun museo ó biblioteca de sus respectivos países.

Stirling fué en diversas ocasiones y por largas temporadas á Fuentes, segun parece; pero nos aseguran que ni uno ni otro viajero lograron ver siquiera el libro objeto de su artística codicia.

VIII.

LO QUE HA PERECIDO Y LO QUE SE CONSERVA.

Mas de ciento y setenta retratos llevaba dibujados *Francisco Pacheco* en el año de 1649 á la publicacion de *El Arte de la Pintura*, segun dejamos dicho antes. Era su intento entresacar de ellos hasta ciento, de personajes eminentes, para formar un *libro*; y suponiendo, aunque es hipótesis infundada, que lo hubiera hecho segun se lo proponia, siempre podrémos congratularnos de que se haya salvado la parte más considerable, el mejor fragmento de la obra; pues comienza en la portada y contiene cincuenta y seis retratos de los mejores, de los que el autor juzgó dignos de tan señalado lugar.

¡Lástima grande y pérdida grandísima es la de lo

que falta! ¿Quién dudará de que en lo perdido no estuvieran los retratos y elogios de un Cervantes, una Teresa de Jesus; de Vicente Espinel y D. Juan de Jáuregui, con otros no menos importantes para las letras españolas?

Con no poco trabajo hemos podido allegar algunas noticias acerca de la parte perdida del precioso manuscrito. Escasas son é incompletas, pero no hemos podido hacer más.

Por *apéndice* á esta *introduccion* verá el lector el *Elogio biográfico de Lope de Vega*, que no se encuentra en el fragmento conservado del *Libro de retratos* (1).

Publicóle en 1609 al frente de la edicion primera de la *Jerusalen conquistada* de Lope de Vega, Baltasar Elisio de Medinilla, diciendo á los aficionados á los escritos de su maestro :

«Aviendo llegado á mis manos este *Elogio*, sacado
»del libro de retratos que haze *Francisco Pacheco* en
»Sevilla, de los hombres en nuestra edad insignes,
»quise comunicarle á los aficionados á los escritos de
»Lope, sin voluntad y consentimiento suyo, aviendo
»quedado á corregir la impression de su *Jerusalen* en
»ausencia suya.»

Adviértese despues á los lectores que el diminuto retrato, que acompañó al poema, no es el dibujado por *Pacheco*; y en verdad, que no está de sobra tal advertencia, porque el retrato es harto infeliz.

Lope de Vega residió algun tiempo en Sevilla, al principiar el siglo xvii; en esta ciudad publicó *El Pe-*

(1) Véase el apéndice núm. II.

regrino en su patria (que se imprimió en 1603, aunque no salió á luz hasta el año siguiente). Es natural que concurriera al taller de *Pacheco*, y allí fuera retratado por este, siendo su imagen de las primeras que se destinaran al *Libro*, por la fama que acompañaba ya al *Fénix de los ingenios*.

De cinco *Elogios*, únicamente hizo expresion nominal y señalada el mismo *Francisco Pacheco* en su *Arte de la Pintura*. Y no sabemos que nadie haya reparado en ellos.

Son los que siguen:

A la pág. 92 cita á Pedro Campaña y se remite á su *Elogio*; y en la pág. 118, hace una referencia igual al *Elogio* de Luis de Vargas. Estos dos están contenidos en el fragmento que hoy se conserva, y van en su lugar respectivo, con el retrato á que corresponden.

Habla de los famosos retratistas, y dice á la página 101:

«Diego de Silva Velazquez (1), mi yerno, ocupa
»(con razon) el tercer lugar; á quien despues de cinco
»años de educacion i enseñanza, casé con mi hi-
»ja, movido de su virtud, limpieza i buenas partes:
»i de las esperanzas de su grande i natural ingenio. I
»porque es mayor la onra de Maestro que la de Sue-
»gro, ha sido justo estorbar el atrevimiento de algu-
»no (2) que se quiere atribuir esta gloria: quitándome

(1) Obsérvese que *Pacheco* conserva en su orden natural los apellidos de Velazquez.

(2) ¿Quién seria? Tal vez *Pacheco* se defiende aquí de especies vertidas por sus émulos. ¿Por Herrera?

»la corona de mis postreros años. No tengo por men-
 »gua aventajarse el discípulo al Maestro (aviendo dicho
 »la VERDAD que no es mayor), ni perdió Leonardo de
 »Vinci en tener á Rafael por discípulo, ni Jorge de
 »Castel-franco á Tiziano, ni Platon á Aristóteles ;
 »pues no le quitó el nombre de *Divino*»...

.

«Esto se escribe no tanto por alabar el sugeto pre- En su elogio.
 »sente (que tendrá otro lugar), cuanto por la grandeza
 »del arte de la pintura.»

A la pág. 164 se expresa así :

«Gerónimo Fernandez, maestro arquitecto y escul- En su elogio.
 »tor famoso, vimos que en todas las dificultades de
 »artífices, que se le ofrecian, así de Arquitectura como
 »de Escultura y Pintura, con un lápiz (de que siem-
 »pre andaba prevenido) hacia facilísima demostracion
 »de la verdad de lo que trataba, allanando i difinien-
 »do las dudas i dificultades, con gran prontitud, que
 »es una singular ventaja.»

Por último, en la pág. 302, dice lo siguiente :

«Y aún tambien podemos poner en este número á
 »Dionisio Greco, porque aunque escribimos en algu-
 »nas partes contra algunas opiniones i paradoxas su-
 »yas, no le podemos excluir del número] de los gran-
 »des pintores, viendo algunas cosas de su mano tan
 »reveladas y tan vivas (que aquella su manera) que
 »igualan á las de los mayores hombres (como se dice
 »en otro lugar).» En su elogio

De estos tres *Elogios*, que cita su mismo autor, y de los retratos á que iban unidos, no se conserva otra noticia, que la que hallamos trascrita.

Tampoco se conserva el retrato de Gerónimo Car-

ranza, el célebre maestro de armas y autor del libro titulado : «*Libro de Hierónimo de Carranza, natural de Sevilla, que trata de la philosophia de las armas y de su destreza, y de la aggression y defensa....*— Impreso en Sanlúcar de Barrameda, en casa del autor, año 1582.»

Consta sin embargo su existencia, y hasta podemos ofrecer á los curiosos el soneto que probablemente cerraria el *Elogio* de aquel célebre diestro, segun la costumbre que *Pacheco* seguia. Es obra de Cristóbal de Mesa, y se encuentra á la pág. 112 de su libro *Valle de Lágrimas*, impreso en Madrid por Juan de la Cuesta, el año de 1607. Dice así:

AL RETRATO DE GERÓNIMO DE CARRANZA, CABALLERO DEL HÁBITO
DE CRISTO.

Tú, gran Carranza, que Andaluz Atlante,
Con el cetro Español tu fama mides,
A tu nacion renombre inmortal pides,
Desde el Poniente al último Levante.

Tu espada y pluma se celebre y cante,
Pues con dos mundos ya tu honor divides,
Dexas atrás los límites de Alcides,
Passas de sus colunas adelante.

Palma á Febo, honra á Palas, gloria á Marte
Das, y blason al hábito de Christo,
Y al católico Imperio y sus fieles.

Reduziendo las armas á nuevo arte ;
Y *Pacheco* te da, moderno Apeles,
Nueva vida, alto sér, lustre no visto.

Un retrato posee el Sr. D. Valentin Carderera, cuya coleccion es bien conocida y apreciada, tanto en España como en el extranjero, que tambien parece de

mano de *Francisco Pacheco*, y destinado como lo indica su tamaño al *Libro*, cuyo fragmento más considerable se publica hoy. Representa á un hombre de edad madura, poeta, porque está coronado de laurel, como todos los que se conservan en el *Libro de retratos*; pero no existe indicio alguno para conjeturar su nombre. Y merece la pena de hacer investigaciones: ¿quién sabe si inopinadamente podríamos descubrir, que es un retrato de D. Francisco de Rojas y Zorrilla, de Moreto ó algun otro de los insignes dramáticos de quienes no se conserva imágen conocida? Los rasgos de *Pacheco* son de muy subido precio, porque se sabe que retrataba á los hombres que sobresalian por algun concepto. ¿Quién será el poeta desconocido?

Ha publicado la *Sociedad de bibliófilos españoles*, las poesías del célebre poeta sevillano *Francisco de Rioja*, esmeradamente reunidas, cotejadas y espurgadas de grandes errores, y eruditísimamente ilustradas con la vida del autor, por D. Cayetano A. de la Barrera y Leirado. A esta obra acompaña un nuevo retrato de Rioja, diferente del que incluyó D. José Lopez Sedano en el tomo 8.º del *Parnaso español*.

El dibujo ha sido facilitado por el mismo Sr. Don Valentin Carderera, que nos comunicó el anterior, y fué hecho á fines del siglo pasado por nuestro insigne grabador Carmona, suponiendo los entendidos que procede de un original de *Francisco Pacheco*.

No extrañaríamos que tanto este nuevo retrato de Rioja, como el del anciano poeta que antes nos ocupaba, procedan con el de Valbuena y el de Lopez de Zárate, de aquel *cuaderno del Libro de retratos* que habia tenido en su poder D. Martin Fernandez de

Navarrete, y que no se sabia ya dónde habia ido á parar por los años de 1845.

El retrato del *poeta desconocido* pudo formar parte de aquel extraviado cuaderno; y los otros pueden proceder de sus originales, copiado el de Zárate por D. Francisco Goya, el de Valbuena por Ribelles, y el de Francisco de Rioja por Carmona.

D. Nicolás Diaz de Benjumea, el docto comentar, *el demasiadamente ingenioso comentador del Quijote* (segun la feliz expresion del Sr. D. Antonio de Latour), nos hizo la indicacion de haber visto en Lóndres, en poder de D. Juan Wetherell, hijo de un caballero que vivió muchos años en Sevilla, tres retratos exactamente iguales en tamaño, en papel, en dibujo, etc., á los que veia en el *libro de Pacheco*. Segun sus recuerdos, era el uno maestro de armas, otro poeta y eclesiástico, no recordando lo que representaba el tercero.

Deseosos de apurar la verdad de tan interesante noticia, hemos hecho cuantos esfuerzos han estado á nuestros alcances para conocer la verdad, y hemos obtenido, valiéndonos de la buena voluntad y artístico entusiasmo de algunos amigos, la seguridad de que, en efecto, en poder de los Sres. Mr. Nathan y Horatio Wetherell existen no tres, sino siete retratos, que en alguna manera se asemejan á los del *libro de Francisco Pacheco*.

Por mediacion del Sr. D. Antonio María Fabié hemos logrado copia de los elogios que tienen aquellos retratos (1), y por ellos sabemos que representan á

(1) Véase el apéndice núm. III.

Juan Marquez de Aroche (maestro de armas).

Pedro de Mesa (idem).

Sancho Hernandez (joyero).

Pedro de Madrid (músico).

Florentino de Pancorvo (médico).

Manuel Rodriguez (músico).

Antonio de Vera Bustos (músico y poeta).

Vanos han sido nuestros afanes para la adquisicion de los dibujos, que deseábamos reunir con sus compañeros. Ni aún fotografías de ellos hemos podido obtener; pero quede aquí consignada la exactitud de la noticia para despertar la curiosidad de otros más afortunados.

Reasumiendo, podrémos decir que hay noticia de haberse hecho retratos y elogios de

Diego de Silva Velazquez.

Gerónimo Fernandez (arquitecto).

Dominico Theotocopuli, llamado el Greco.

Lope Felix de Vega Carpio.

Gerónimo Carranza.

Y los siete que existen en Lóndres, y dejamos señalados, y con probabilidad de

Bernardo de Valbuena.

Francisco de Rioja.

Francisco Lopez de Zárate.

Un poeta desconocido.

Diez y seis retratos y elogios, en todo, que con los cincuenta y seis que publicamos formarían un total de setenta y dos; el resto hasta ciento, si es que *Pacheco* llegó á reunirlos, se han perdido probablemente, para no parecer jamás.

IX.

OTROS RETRATOS PINTADOS POR PACHECO.

Para completar en lo posible esta noticia, vamos á ocuparnos de los retratos que el artista hizo al óleo, sobre lienzo ó sobre tabla.

Más de ciento y cincuenta hizo de colores (*Arte de la Pintura*, pág. 343), diez de ellos enteros, y más de la mitad chicos, diez de marquesas, tres de condes; estando entre estos últimos el de Jelves, D. Álvaro, que celebra en un valiente soneto el poeta Juan de la Cueva.

Y para proceder con órden, aunque en los demás seguiremos el cronológico, vamos á dar la preferencia al retrato del autor, que por primera vez se ha publicado ahora para acompañar á estos *Apuntes*, tomado directamente del que el mismo *Pacheco* puso en su célebre cuadro del *Juicio final*.

Hablando en *El Arte de la Pintura* de este lienzo, dice el autor: «El monton que está más cerca de nuestra vista desta parte derecha, contiene nueve figuras grandes con variedad de edades, de carnes, de rostros. La principal i entera está de espaldas, es un mancebo hermosísimo junto á una hermosa muger, i entre estos dos puse mi retrato frontero hasta el cuello (pues es cierto hallarme presente este dia), i tambien siguiendo el ejemplo de algunos valientes pintores que en ocasiones públicas entre otras figuras pusieron la suya, i de sus amigos i deudos. Y princi-

»palmente Tiziano que se retrató en la *Gloria* que
»pintó para el Rei Filipo II, que yo é visto en el
»Escorial.»

Con esta indicacion terminante, no podia abrigarse duda acerca de la existencia del retrato de *Pacheco*, y á vista del cuadro hasta podia señalarse sin vacilacion el lugar preciso en que se encontraba.

Pero el cuadro del *Juicio final* habia desaparecido de la iglesia del convento de religiosas de Santa Isabel de la ciudad de Sevilla durante los dias de la invasion francesa y no era fácil descubrir su paradero, hasta que habiendo llegado á saber que se encontraba en Paris en poder de un particular, emprendimos la tarea de rescatarlo y devolverlo á España, á Sevilla, en cuyo Museo debe figurar como la obra más perfecta y de mayor composicion del maestro de Diego Velazquez; y cuando esto no fuera posible, lograr que al menos se nos permitiera sacar una copia exacta de aquel retrato, enteramente desconocido en nuestra España.

Deudores somos de muchos favores, por los pasos que han dado para conseguir aquellos objetos, á los Sres. D. Antonio de Latour, D. Jacobo Lopez Cepero, D. Manuel Freine Reinoso y Mr. E. Bocourt, siendo obra de este último el calco que se tomó sobre el mismo original, y ha servido para hacer el grabado que va á la cabeza de este volúmen. La adquisicion del cuadro no hemos podido conseguirla todavía.

A ese retrato de *Francisco Pacheco* hemos unido su firma *escrita*, tomada de otra original del autor que está al fin de un ejemplar impreso del papel que dirigió *A los profesores del Arte de la Pintura*,

que existe en la biblioteca del Excmo. Sr. D. José Salamanca, cuyo facsímile nos remitió el Sr. D. Manuel Remon Zarco del Valle.

Entre los retratos enteros merece especial mención el de S. Ignacio de Loyola, que hizo *Pacheco* para el colegio de San Hermenegildo, y que recuerda y recomienda en su *Arte de la Pintura*, pág. 589.

Representaba al Santo de pié, y el rostro se tomó por un modelo de yeso sacado de la mascarilla que se vació en Roma á su muerte en 1556. Este retrato se colocó en la escalera principal del colegio en 1613.

En el año de 1617 murió el celebrado poeta Miguel Cid, gran devoto de la Madre de Dios en el misterio de su Concepcion immaculada, y autor de poesías muy populares entonces y aún despues, y se le dió sepultura en el panteon propio de un tio suyo, frente á la capilla de la Granada, fuera de la puerta llamada de las Virtudes (vulgo del Lagarto, por el que allí simboliza la *Templanza*) en la Santa Iglesia Catedral. Fué hombre muy piadoso, y aunque simple mantero, gozó gran celebridad entre sus paisanos, que aseguraban habia predicho el dia de su muerte. Dispuso el cabildo que sobre su sepultura se colocase un cuadro de la Purísima Concepcion, y al pié un retrato del poeta con sus célebres coplas en la mano. Pintó el cuadro *Francisco Pacheco*, y hoy se encuentra en la sacristía de la capilla de Nuestra Señora de la Antigua.

Por escritura de 30 de Agosto de 1624, D. Francisco Gutierrez de Molina y doña Gerónima Zamudio, fundaron una capellanía en la capilla del respaldo lateral del coro, en la nave de la Epístola, que antes era de S. Juan Bautista, y la dedicaron á la Purísima

Concepcion. La escultura, obra de Juan Martinez Montañez (y una de las mejores que su mano y su piedad produjeron) se colocó en el altar el dia 8 de Diciembre de 1641, y á los lados se pusieron los retratos de los fundadores hechos por *Francisco Pacheco*.

En 1630 pasó por Sevilla la célebre *Monja Alferez*, D.^a Catalina de Araujo ó de Erauso, heroína de dramas y novelas, cuya vida aventurera llamaba la atención en todas partes. *Pacheco* aprovechó su permanencia en Sevilla para hacer un retrato, cuyo original, vendido, segun parece, por un comisario de guerra sevillano, al coronel Baron Shepeler, encargado de negocios de Prusia en Madrid, vino á parar en poder de D. Joaquin María Ferrer, quien lo publicó en la historia de aquella mujer extraordinaria, en la edicion que hizo de su vida, en Paris, por Didot, 1829.

En el Museo provincial de Sevilla se conservan dos tablas con cuatro retratos de personas desconocidas. No hemos podido averiguar su procedencia, aunque parece debieron formar parte de algun retablo. Contiene cada cuadro un caballero y una señora, perfectamente pintados, siendo en extremo curiosos los tocados de las damas.

Otras dos tablas se conservan en la numerosa y escogida coleccion que reunió el Excmo. Sr. D. Manuel Lopez Cepero, Dean de la Santa Iglesia Catedral de Sevilla. Tiene la una dos hombres, y la otra dos mujeres, al parecer, padres é hijos, y está firmada la una, la de los hombres.

Muchos fuéron los poetas que escribieron en elogio de los retratos que *Pacheco* pintaba; en su *Libro* van incluidas varias de estas poesías. D. Juan Antonio de

Vera y Zúñiga le anima en una *silva* inédita (M. 82, B. N.), al retrato de *Amarilis*; y otro poeta celebra también un retrato en dibujo de mano de *Pacheco*, en otra composición contenida en ese mismo códice de la Biblioteca Nacional. El mismo *Pacheco* inserta en su *Arte de la Pintura*, un elogio al retrato de *Cintia*.

Nada quiero añadir con respecto al retrato de *Miguel de Cervantes* y los Padres Redentores, que *Pacheco* puso en su cuadro de la vida de San Pedro Nolasco, marcado con el número 19 en el catálogo del Museo provincial de Sevilla. Muchas personas, y muy competentes, tanto de España, como de Francia, Inglaterra y Suiza han felicitado por su descubrimiento al autor de estos *Apuntes*; pero hay personas que aún dudan, y nada queremos hablar de esta importante cuestión, hasta que podamos ofrecer la demostración matemática, si es que algún día logramos obtenerla.

Tanto en este punto, como en todo lo que dejamos expuesto, estamos muy distantes de creer que hayamos hecho una obra completa. La labor es difícil, penosa, muy ocasionada á equivocaciones. Busquen, pues, otros; y con mejor fortuna aumenten, y corrijan y censuren nuestros trabajos: que cada nueva noticia que sobre *Pacheco y sus obras* se publique, nos causará grandísimo placer, y léjos de criticar á los investigadores, apreciaremos en mucho sus desvelos; que sabemos por experiencia cuánto es el tiempo y el trabajo que se pierden en esta clase de estudios.

APÉNDICES.

APÉNDICE PRIMERO.

(PÁG. 51).

SOBRE LA BIOGRAFÍA DE BALTASAR DEL ALCÁZAR.

*Censura de la Biografía de Baltasar del Alcázar
firmada por D. Vicente Avilés,
en Fuentes de Andalucía, á 4 de Diciembre 1827.*

El haberme encargado V. S. la censura del artículo biográfico acerca de Baltasar del Alcázar que le ha presentado nuestro compañero el Sr. D. Vicente Avilés, á la par que ha despertado mi cansada memoria con algunas noticias que yo tenia recogidas de este docto poeta sevillano, me han llenado de complacencia al advertir que la diligencia del Sr. Avilés haya adquirido otras que ciertamente se habian escapado de mi conocimiento. Por eso lo que yo diga hoy más será para estimularle á que continúe sus doctas investigaciones que no para censurar su laboriosidad.

En primer lugar, yo quisiera ver los fundamentos sobre que se apoya la conjetura de fijar el nacimiento de Alcázar en los años de 1530 ó 531; porque la corta diferencia de solo un año indica que el cálculo, si no

ha podido ser muy exacto, por lo menos será muy aproximado.

Acerca del nombre y condicion de sus padres, no se me ofrece duda. Ortiz de Zúñiga en el *Discurso de los Ortizes de Sevilla* y en los *Anales* de esta ciudad dice que fué hijo de Luis del Alcázar, Veinticuatro de Sevilla y despues jurado por la Collacion del Salvador y de doña Leonor de Leon Garabito.

Aunque el colector del *Parnaso Español* en las noticias biográficas del tomo 7.º nada pudo decir de su patria, de su familia ni de sus estudios, en el suplemento que incluyó en el tomo 9.º ya dijo que nació en Sevilla de familia ilustre, y que parece siguió las armas; pero no especifica sus empresas, y yo desearia ver los documentos justificativos en que el señor disertante apoya las que atribuye á nuestro poeta, y demás destinos de su vida civil y literaria. El Sr. Avilés sabe muy bien que en materias históricas no es permitido hablar sin pruebas.

El citado colector añade que estuvo casado con doña Luisa Faxardo, hija de Francisco Hernandez Marmolejo, Veinticuatro de Sevilla, y de doña Luisa Faxardo, de quien la hija tomó el nombre; y no es extraño que yo dude de esta noticia, supuesto que no la justifica: y por lo mismo, así la Academia, como yo, deseariamos tener algun documento que probara haberse casado en su patria con su prima hermana doña María de Aguilera, hija del Mariscal de Leon etc.

De sus obras poéticas no podré decir más, sino que en el *Correo literario de Sevilla* hice imprimir muchas, que ni constaban en las *Flores de poetas ilustres* de Pedro de Espinosa, en el *Parnaso español*, ni

en la *coleccion* de poetas, que á nombre de D. Ramon Fernandez (esto es, D. Pedro Estala) se publicaron en Madrid. Poseo un tomo en fólío de todas ellas, con el cual he cotejado las pocas que el señor Avilés remite, de cuyo exámen resultan las variantes que he anotado, y desearia que se remitieran á dicho señor, pues no le disgustará saber que se conserva este códice.

Tambien permanece en Sevilla el nombre de esta esclarecida familia en la calle que dicen de los Alcázares, collacion de San Pedro, en la que tenia sus casas principales.

Y en la Yglesia del colegio de Monte Sion, del órden de Santo Domingo, un epitafio que á ella pertenece, como en él consta, y dice así:

«Esta sepultura es de D. García Cerezo Marmolejo, 24 de Sevilla, y de doña Juana del Alcázar, su mujer, hija que fué de Baltasar del Alcázar, señor de Puñana y de doña Luisa Faxardo, su mujer, que la compró para su entierro y de sus parientes y de los hijos del dicho su marido y sus descendientes. Año 1608.»

De este epitafio no sólo se saca el Señorío de Puñana que obtuvo Alcázar, sino que alguno podrá buscar por este título su descendencia. Ya se sabia que Baltasar del Alcázar habia dejado un hijo llamado Francisco, de quien no se ha podido hallar otra noticia: ahora deberá añadirse la de su hija, comprobada con la antecedente inscripcion sepulcral.

Tambien he notado la falta de cita en el juicio que

hace Jaúregui del mérito de Alcázar: esta sería muy conveniente, pues aunque yo no dude de su veracidad, encuentro que este aspecto lo podrá fácilmente satisfacer el señor disertante.

Igualmente lo será la comprobación de la muerte de Alcázar y al ver la exactitud con que se fija el 16 de Enero de 1606, me hace creer que el Sr. Avilés tenga documentos que deseamos conocer para ilustrar y enriquecer las memorias de nuestro poeta. Nada más por ahora, sino suplicar á la Academia le devuelva el citado manuscrito, esperando que dicho señor se servirá anotarlo ó rehacerlo, si es que juzga á propósito estas advertencias. = Sevilla 17 de Enero de 1828.

JUSTINO MATUTE Y GAVIRIA.

RESPUESTA DEL AUTOR.

El deseo de ilustrar y enriquecer las memorias del docto poeta sevillano Baltasar del Alcázar, me animó á presentar á V. S. el artículo biográfico de este autor, para cuya redacción tuve presente lo que el analista Zúñiga, el parnasista español y el célebre pintor Pacheco, dicen de Alcázar. Zúñiga, apenas habla de sus padres, el parnasista ignoraba la vida de nuestro poeta, y sólo Pacheco, autor fidedigno, amigo íntimo y contemporáneo de nuestro autor, podía guiarnos en nuestras investigaciones. Siguiendo, pues, la autoridad de este célebre pintor y humanista, procuraremos disipar

las dudas que han ocurrido á nuestro compañero el señor D. Justino Matute y Gaviria.

Empezando, pues, por el nombre y condicion de los padres de Alcázar, conviene el Sr. censor en que fuéron el Veinticuatro Luis del Alcázar y doña Leonor de Leon Garabito y no se le ofrece ningun reparo sobre este particular.

No sucede lo mismo con las noticias que se dan de los destinos de la vida civil y literaria de Alcázar; mas el disertante no ha sentado un hecho que no esté comprobado con el testimonio de Pacheco, tomado de un códice autógrafo que posee de este autor, relativo á noticias históricas de varios personajes y literatos célebres del siglo xvi.

Los reparos que todavía se presentan al Sr. Matute sobre el casamiento de Alcázar con doña María de Aguilera, etc. se desvanecen del todo teniendo presente que Melchor del Alcázar, hermano mayor de nuestro poeta, heredó de sus antepasados los Señoríos de Palma, Gelo, Cullera y Puñana, de los que fundó cuatro mayorazgos para otros tantos hijos de los siete que tuvo, de los cuales el mayor fué el docto jesuita Luis del Alcázar, bien conocido en la república literaria; el segundo Juan Antonio del Alcázar, excelente poeta, y uno de los restantes, llamado Baltasar como su tío, fué el señor de Puñana, marido de doña Luisa Faxardo, y de quien habla la inscripcion sepulcral del colegio de Monte Sion.

No consta que nuestro Alcázar tuviese sucesion, y parece regular que Pacheco hubiera hecho mencion de sus descendientes inmediatos como la hace de los de su hermano Melchor. La doña Juana del Alcázar

de que habla la citada inscripcion sepulcral, es hija sinduda alguna de su sobrino Baltasar, Sr. de Puñana.

De sus obras poéticas dice así Pacheco: «las cosas »que hizo este ilustre varon viven por mi solicitud y »diligencia: porque siempre que le visitaba escribia »algo de lo que tenia guardado en el tesoro de su fe- »lice memoria. Pero entre tantos sonetos, epístolas, »epígramas y cosas de donaire, la *cena jocosa* es una »de las más lucidas cosas que compuso, y el *Eco* de »lo más trabajado y artificioso que hay en nuestra len- »gua.» Esta consideracion me movió á ofrecer á la Academia las pocas poesías de Alcázar que se encuen- tran en el manuscrito de Pacheco, y si la coleccion ori- ginal que hizo este es la que conserva el Sr. Matute, es indudable que será apreciablesima por todos títu- los, y digna de la luz pública.

Pacheco cita literalmente el juicio que Jaúregui for- mó del mérito de Alcázar, y cierto que no hay motivo justo para presumir inexactitud en la cita.

Ya se habia sospechado que el fallecimiento de Alcázar habia sido á principios del siglo xvii. Mas Pa- checo, que como se ha visto, era su amigo y lo visita- ba con frecuencia, dice que «entrando en los 70 años ni »á pié ni á caballo podia andar. Y llegando á los 76, á 16 »de Enero de 1606, dejó esta vida por la eterna.» Si no hay equivocacion en estas fechas, se deduce que Alcá- zar nació por los años de 1530 ó 531. Documentos de otra naturaleza podrán algun dia dar mayor ilustracion á la vida de este esclarecido poeta, y este bosquejo será el fundamento de nuevas y ulteriores indagacio- nes.—Fuentes de Andalucía 31 de Mayo de 1828.

VICENTE AVILÉS.

APÉNDICE SEGUNDO.

(PÁG. 71).

ELOGIO BIOGRÁFICO DE LOPE DE VEGA CARPIO (1).

Esta es la efigie de Lope de Vega Carpio, á quien justísimamente se concede lugar entre los eminentes y famosos de nuestros dias: y quando por este sugeto solo huviera dado principio á mi obra, pienso que no sería trabajo mal recibido, ni sin premio de agradecimiento, que en los tiempos venideros me concederán por ellos que no habiendo podido gozar del original, gozaren del fiel traslado, de este varon que tan conocido es, ha sido y será en la más dilatada parte de la tierra, donde se tuviere noticia de buenas letras, porque las obras suyas (famosas entre las que se leen de su género) ninguna remota parte las ignora, antes con devida admiracion las procura, porque en ellas se juntan las partes, que raras veces en una concurren, porque nunca la naturaleza es tan pródiga, que al que

(1) Terminado ya este trabajo, podemos añadir una curiosa noticia sobre el retrato de *Lope de Vega*, dibujado por Pacheco, que nos ha comunicado nuestro querido y erudito amigo el Sr. D. Cayetano A. de la Barrera. Dice así:

«En el año de 1841 circuló un *Prospecto* de una edicion nueva de la *Jerusalén conquistada de Lope*, que segun aquel anuncio debia de hacerse, entre otros, con los requisitos siguientes: *se dará, decia, el retrato de Lope de Vega, copiado exactamente del que hizo Francisco Pacheco con vista del original.....*»

»La anunciada edicion no pasó de proyecto.»

conceda alto natural, le conceda alto entendimiento con que procura el arte, y á quien concedió alcanzar el arte, le concedió tan poco natural, que no le sirve. Y la vez que arte y natural se juntan (grande desperdicio de naturaleza) se desaviene y aparta tanto de ellos la imaginativa, que esta falta se conoce en sus obras: mas en las de *Lope de Vega*, vemos en la facilidad de su vena el natural grande, en la abundancia de sus escritos la mucha imaginativa, en los nervios y disciplina de sus versos el entendimiento y arte tan juntos, tan perfectos, que tendria por osado á quien juzgase sin temor grande, cuál parte destas es más excelente en él. Del Abulense Tostado se advierte por justa grandeza, que repartida la cantidad de sus obras con las de sus años, sale cada dia á tres pliegos de escritura, y ha havido curioso que en buena Aritmética ha reducido á pliegos las obras de *Lope de Vega*, y contando hasta el dia de oy todos los de su vida respectivamente, no es inferior su trabajo y estudio. El ha sido cierto en España (salva emulacion que siempre sigue á la virtud) el poeta solo que ha puesto en verdadera perfeccion la Poesía: porque aunque á Garzilaso de la Vega se le deve la gloria de los primeros versos endecasílavos que hubo en España buenos, fué aquello tan poquito que no pudo servir de mas que de dar noticia, que se podria aquistar aquel tesoro. Pero el que verdaderamente lo ganó, y lo posee es *Lope de Vega*, y si alguno (cuyo ingenio y escritos no ofende esta alabanza) no la admite, antes que la repueve me diga: ¿qué Poeta Lyrico ha tenido Italia (madre desta ciencia) que se aventaje á *Lope de Vega*? Los mejores que de Italia han impreso he leído (aunque con

mal conocimiento) pero en sus bellísimos escritos no se leen mas apretados sentimientos, mas dulces quejas, mas puros concetos, mas nuevos pensamientos, mas tiernos afectos que en las obras de *Lope de Vega*. El ha reducido en España á método, órden y policia las comedias, y puedo asegurar que en dos dias acabava algunas vezes las que admiravan despues al mundo, y enriquezian los autores, y no solo la Poesía ha perfeccionado, pero la música le debe igual agradecimiento, pues la variedad de sus versos, y la blandura de sus pensamientos le ha dado materia en que con felicissimo efecto y abundancia se sustente, y ocasion justísima á los artífices de los tonos para ossar ygualar el artificio y dulzura dellos á la dulzura y artificio de sus letras. Las cosas dignas de ponderacion hazen parecer apasionados dellas á los que las escriven, y si yo lo parecierẽ de *Lope de Vega*, de manera que se me pueda poner por obiecion, remítome á las obras que se conocen suyas: remítome al Poema heroyco de su *Jerusalen*, que pienso que tres, ó quatro que hay en España deste género, no se ofenderán de que se le conceda el primer lugar. Remítome á su *Arcadia*, donde consiguió con felicidad lo que pretendió, que fué escribir aquellas verdaderas fábulas á gusto de las partes. Sea buen testigo la *Dragontea* (el mas ignorado de sus libros, que como hazienda de grande rico, lo olvidado y acesorio fuera principal riqueza en otros). *El Peregrino en su patria*, es el quinto libro. Otro intitulado *Rimas*, mina riquísima de diamantes y ricas piedras, no en bruto, no, sino labradas, y engastadas con maravillosa disposicion y artificio. El poema de la *Hermosura de Angélica* enseña bien la del ingenio

de su autor, que alcanzó mas diferentes ideas de hermosura que la misma naturaleza. Y por último (aunque segundo de los que escribió) dejó el poema castellano *Isidro*, que como refiere en él lo llamó assi, por serlo los versos, y el sugeto, á cuyo alto conceto, deve nuestra nacion perpétuo agradecimiento y loores, pues no sin mucho acuerdo, y amor de su patria eligió para tratar la vida beata de aquel santo, las coplas castellanas, y propias por que las naciones estrangeras notassen que la curiosidad ha traydo á España sus versos, y cadencias, y no la necesidad que dellos huviesse: pues arribando este libro gloriosamente á la mas alta cumbre de alabanza, nos enseña que son los versos castellanos, de que se contiene capaces de tratar toda heroyca materia. Las comedias que ha escrito, ya vemos por los títulos de ellas impressos en el libro del *Peregrino* que son tantas que es menester para creello, que cada qual sea, como es, testigo de la mayor parte dellas, sin mas de otras tantas que despues de aquella impression ha escrito con que llegarán á quinientas. De los versos sueltos y derramados que ha hecho á diferentes sugetos osso assegurar dos cosas, la una, que es de lo mejor que ha escrito: la otra es, es mas de lo que está hecho mencion. El en fin (quando con mas modestia le queremos loar) es ygual al que con mas gentil espíritu ha alcanzado en esta facultad nombre illustre en España en cada cosa que le queremos comparar, y superior á todos en tres cosas, que en ningun ingenio se han juntado mas felizmente que en el suyo: facilidad, abundancia, y bondad. Y assi no dudo que la antigüedad le llamará oy hijo de las Musas, mejor que al Poeta de Venusia, por quien las ciudades de Es-

paña pudieran competir con Madrid (dichosa patria suya) como los Argivos, Rodios, Atenienses, Salaminos, y Smirneos, por adquirir el título de la de Homero. Sirvió *Lope de Vega* en los primeros años de su juventud al Ilustrísimo Inquisidor General, y Obispo de Avila, don Gerónimo Manrique, á quien confiesa en sus obras, que deve el ser que tiene. Despues al Excelentísimo Duque de Alva, de Gentilhombre, y en oficio de Secretario, y años despues lo fué del Excelentísimo Marqués de Sarria, hoy Conde de Lemos, de los quales fué amado y estimado justamente su ingenio y partes, por las quales fué codiciado con aventajados gages y mercedes de muchos Grandes de España para la misma ocupacion, á que tenia su ingenio una correspondencia admirable. Y porque como he dicho, sus obras son el verdadero elogio de su vida, yo devo dar fin á este con esta estancia, que á su retrato escribió don Ioan Antonio de Vera y Zúñiga.

Los que el original no aveys gozado
 Gozad del fiel traslado los despojos,
 Dad gracias por tal bien á vuestros ojos,
 Y á *Pacheco* las dad por tal traslado:
 Será el uno y el otro celebrado
 Del Negro adusto á los Flamencos rojos,
 Causando ambas noticias y equal gusto,
 Desde el rojo Flamenco al Negro adusto.

APÉNDICE TERCERO.

(PÁG. 76).

ELOGIOS DE LOS RETRATOS

QUE SE CONSERVAN EN LÓNDRES.

JUAN MARQUEZ DE AROCHE.

Quien uviere leído tantos insignes varones profesores de la verdadera destreza, cuantos van puestos en esta Descripción, antes de llegar al presente, no dudo que entienda que acabó el número en ellos, como en ellos acabó todo lo que en esta arte ay que alcanzar, mas hallando entre los dignos de memoria igual á todos los precedentes á Juan Marquez de Aroche, natural de esta ciudad, lo puse aquí. Cuya verdadera destreza de espada y daga no reconoce ventaja á todos los de su tiempo y tan desapasionado en esta ciencia qual lo quiere el Comendador Hieronimo de Carranza en su libro de verdadera Destreza y á quien se le deve immortal nombre, pues ha dado con invencible valor excelentes muestras de la execucion de ella. Fué dotado de grande ingenio, de grande ánimo i de igual conocimiento en toda suerte de armas, i estremado artífice de los engastes y machinas de madera que sirven al uso de las Campanas i piezas de Artillería, tuvo otras singulares partes de Geometría en hacer ingenios de molienda